

## SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 10  
 POR UN AÑO... 40

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

## SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## EL VERDADERO ROBINSON.

I.

El Salmon Real.—La hermosa Ketty.—El capitán Straddling.—Guillermo Dampier.—Ilusiones y caprichos de miss Catalina.

A principios del último siglo, el pueblo de San Andrés, en Escocia, capital del condado de Fife, célebre entonces por su universidad, no lo era menos por su taberna del *Salmon Real*, que establecida en 1681 por un tal Andrés Felton, había tocado en herencia á su hija miss Catalina.

La tabernera, conocida en el condado con el nombre de la hermosa Ketty, había contribuido en gran manera por los atractivos de su persona, á la prosperidad y gran despacho de la taberna. En su primera juventud, había sido una morena viva y graciosa, con el cabello negro, frente algo prominente, y los ojos á flor de la cabeza, especie de belleza muy apreciada en aquella época. Aunque de bastante estatura y esbelto tallo, estaba en un *buen punto*, como decían nuestros padres. Mirada en conjunto Ketty merecía su sobrenombre, y mas de un laird de las inmediaciones, y hasta mas de un gran señor, merced á esa familiaridad que reina desde arriba á abajo entre las diversas clases de los habitantes de Escocia, habían figurado como de paso entre los bebedores de whisky, importándoles muy poco el *qué se dirá*, como ese intrépido duque de Argyle, que Walter Scott nos presenta yendo á conversar con su vendedora de tabaco.

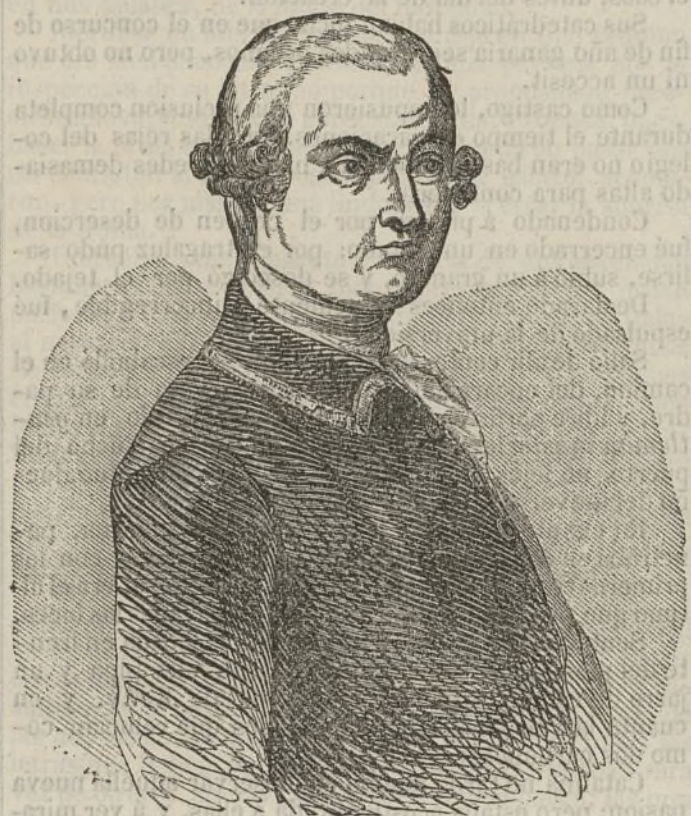
Ahora Catalina Felton se encuentra en una edad media: por una consecuencia bastante común, pero que al principio parece contradictoria, sus atractivos se han amortiguado con el desarrollo: su tallo ha engruesado, el sonrosado de sus mejillas se ha convertido en un encarnado muy subido: su voz ha tomado algo del acento áspero y ronco de sus mas fieles parroquianos, y la esbelta joven se ha trasformado en marimacho. Felizmente para ella, á principios del siglo XVIII, y especialmente en Escocia, las reputaciones no se perdían con tanta facilidad como en nuestros días. A pesar de sus anchas espaldas y de su gruesa voz, á los ojos de sus parroquianos, especialmente de los que tienen cuenta abierta, Catalina es siempre la hermosa Ketty.

Como mujer hábil, si de año en año se ve amenazada su belleza, lo cual puede ser fatal á su establecimiento, pone todo su cuidado, en que de año en año también sus provisiones de cerveza fuerte, nebrina y ustambien sus provisiones de calidad, para restablecer el equilibrio.

Sin duda alguna, los lairds y grandes señores se

lantería por la nebrina, se manifiesta con demasiado entusiasmo, Catalina ni se incomoda ni ruboriza: se sonríe, pero si levanta su blanca mano, medianamente pesada, todo vuelve á entrar en orden. Ketty posee en el mas alto grado el arte de contenerlos sin desanimarlos, siempre por interés de su establecimiento.

Con todo, para el buen arreglo de la taberna necesitaba un hombre, y así lo comprendía ella muy bien. Además, el estado de solterona vieja no la contentaba mucho, y para hacer una elección, no quería aguardar



Un parroquiano del Salmon Real.

á que ya fuese tarde. Pero ¿qué dirán los demás pretendientes? ¿No sería esponsarse á encender una guerra civil, y tal vez á provocar una desercion general? Y luego acostumbrada á mandar, la idea de sujetarse á un hombre la asustaba.

Fluctuaba en medio de todas aquellas perplejidades, cuando un marino, de aspecto frío y reservado, cuyo rostro tenía una cicatriz producida por un sablazo y que hacía algun tiempo concurría á la taberna con suma frecuencia, sin que jamás la hubiese hablado una palabra, la llamó á parte una mañana y la dijo:

—Escuchadme bien, Ketty, y no os apresureis á contestarme. He venido aquí, no atraído como otros muchos por vuestros hermosos ojos, sino por que me proponía reclutar hombres para un viaje que pensaba emprender de mi cuenta y riesgo. Ahora, no sé en que consiste, pero no pienso ya en navegar: parece que mis pies se convierten en raíces. Con razon ó sin ella, creo que una mugercita que le eche á uno de beber, mientras fuma tranquilamente su pipa en el poyo de una buena cocina, puede tener tantos ó mayores encantos que el mejor brick, á cuyo bordo se sufre á menudo sed y hambre. Siempre con razon ó sin ella, pienso además, que dos ó tres muchachos que retocen en derredor nuestro, vale mas que oír silbar el viento en los mástiles, ó las balas de los españoles junto á los oídos. Todo esto, Ketty, significa que quiero casarme: ¿y quién es la que me ha hecho concebir esta idea?... pues no ha sido nadie mas que vos.

Catalina prorumpió en una exclamacion de sorpresa, perfectamente sincera, porque si bien esperaba una declaracion no era por parte de aquel.

—No me respondais todavía: continuó bruscamente el marino: el que pronuncia la sentencia antes de haber leído el alegato y reflexionado mucho sobre la causa, es un mal juez. Prosigo pues, Ketty, ya no sois una niña, ni yo tampoco soy un joven: ya debéis tener cerca de treinta años.

Al oír estas palabras, la hermosa Ketty hizo un gesto de disgusto y de negativa.

—No me contesteis, respondió el despiadado marino. Teneis treinta años, yo ya he saltado por encima de la otra barrera, pero no hace mucho tiempo. ¿No debe el hombre andar siempre el camino delante de su compañera? Vos sois dispuesta y gallarda, y esto lejos de ser malo, siempre sienta bien á las mugeres. Siempre habeis sido honrada, y eso es todavía mucho mejor. Yo tengo la tez, quizá menos blanca que la vuestra, pero es efecto del trópico. Es posible que esté un poco desfigurado por el malandrín que me ha descosido la cara, pero esta cuchillada me envanece; tuve el honor de recibirla en un abordage, de la propia mano del célebre Juan Bart, que

después de haber perdido aquel día la ocasion mas bonita para hacerse matar, acaba de dejarse morir de una bestia de pleuresia; pero no se trata de él, se trata de mi. Después de haberme batido cuerpo á cuerpo con Juan Bart, hice el corso con el no menos célebre Guillermo Dampier, que es mi amigo, y me vanaglorio de ello. Digo esto, para haceros comprender, Ketty, que si vos teneis la reputacion de muger honrada, yo tengo la de un buen marino. El nombre del capitán Straddling, resuena muy á lo lejos en los dos océanos, y algo os tocará también, hermosa, si vuestro brazo asido al mio nos paseamos como esposos por cualquier puerto de Escocia ó de Inglaterra. He dicho: ahora ved, reflexionad si os conviene mi proposicion, me establezco desde luego en tierra firme, y me despido del mar; si no, vuelvo á emprender mi proyectada expedicion, y á vos, Ketty, es á quien diré adios.

Catalina abrió la boca para darle las gracias, como era regular, por sus honestas intenciones.

—No me contesteis, la dijo otra vez; dentro de tres días vendré á recibir vuestras órdenes.

Y se salió dejándola absorta de haberle oído hablar tanto, á él, que hasta entonces había estado inmóvil sentado en un banco de los mas retirados de la habitación, y que siempre la había parecido el mas rígido y silencioso de los hombres de mar.

El mismo día, Catalina tomó su partido con respecto al capitán; le parecía feo y nada gracioso, brutal y de malos modales; se había atrevido á decirle que tenía treinta años cuando no los cumplía hasta San Valentín, y todavía faltaban seis semanas. Además de la cuchillada que había recibido del célebre Juan Bart, tenía en su rostro otras irregularidades; la cara era larga y pálida, las sienes estrechas, y las mandíbulas anchas y pesadas; las cejas parecían que se confundían con los cabellos; los ojos eran desiguales, la nariz torcida al lado izquierdo, y la boca á la derecha; en cuanto á su talante era quizá peor; tenía el cuerpo largo, las piernas cortas, andaba como los pavos, inclinándose á uno y otro lado abriendo mucho los muslos, y tal vez á ese defecto debía su apodo ó apellido de *Straddling*, palabra que en inglés no tiene otra significacion; *straddling-man*, hombre que tiene las piernas á manera de compás. ¡Qué horror! ¿Semejante ente podía convenir á la rica tabernera del *Salmon Real*, á la hermosa Ketty, á la que en materia de amores y casamiento no tenía mas obstáculo que el de la elección?

Al día siguiente al anochecer, Catalina estaba sentada detrás del mostrador en el gran sillón de baqueta de Irlanda que la servía de trono, con la frente inclinada y en ademan pensativo, puesta la mano en la barba, acordándose todavía del capitán Straddling, pero sus ideas no seguían enteramente el mismo curso que la vispera.

Decía para sí: si su conjunto es vasto y pesado, es porque es inglés; si aparta mucho las piernas para andar, es porque es marino; si me atribuye treinta años, esto no prueba en último resultado sino que es buen fisomista, y esa penosa confesion menos tendré que hacerle cuando nos casemos; en cuanto á su cuchillada,



Partida del Espado n.

tiene mil razones para envanecerse de ella, y todo, bien examinado, no le sienta mal. Elegir un esposo era cosa muy difícil, por los muchos descontentos que debía producirme, pero haré mi negocio, y con eso todo está dicho. Es rico, y basta para lo sólido; es capitán, y es suficiente para lo honroso. Vamos, vamos, mistress Straddling que no debéis quejaros....

En aquel momento, Catalina Felton podía medita desahogadamente y sin temor de que nadie la observa



se, porque el humo del tabaco, tres veces mas abundante y denso que de costumbre, la envolvía en una nube casi enteramente opaca. Aquella noche habia gran fiesta en la taberna del *Salmon Real*. El concurso de consumidores era inmenso, y aquella vez no le habia atraído ni la hermosura del ama de la casa, ni la calidad de los licores.

Criados de uno y otro sexo iban de mesa en mesa multiplicándose para llenar los vasos, no solo de dorada cerveza fuerte y de usquebac, sino tambien del purpurino clarete y el Oporto; todos los semblantes estaban animados, brillaban todas las miradas, los vasos tropezaban unos con otros, y en medio de la estrepitosa algazara y de los vivos, resonaba con triples aplausos el nombre de Guillermo Dampier.

Esté hombre célebre, filibustero unas veces, y entendido é intrépido navegante otras, que acababa de descubrir tantas playas y estrechos desconocidos, y de dar por dos veces la vuelta al mundo, en un tiempo en que eso no se tenia como ahora por un sencillo paseo; que habia publicado sobre su viaje una relacion llena de hechos y de observaciones nuevas; aquel pirata despiadado é inteligente que estudiaba las costas del Perú al mismo tiempo que saqueaba las poblaciones del litoral, y en medio de las tempestades meditaba su excelente teoria de los vientos y de las mareas, Guillermo Dampier habia saltado en tierra aquel mismo dia en el puertecillo de San Andrés.

Al saber su llegada toda la poblacion marítima de la costa se puso en movimiento: la sociedad de los *Pilotos antiguos*, la de los *Perros de mar*, y la de los *Marsoplás*, le enviaron diputaciones, presididas por los primeros armadores de la ciudad. El capitán Straddling fué uno de los primeros que concurrieron, gozoso de volver á ver y abrazar á su amigo. Pronunciáronse discursos como en la llegada de un almirante, discursos en que se hizo la enumeracion de las buenas calidades y de los servicios prestados por él á la marina. Dampier contestó á ellos con sencillez y concision, diciendo á los oradores:

—Señores míos, y queridos camaradas, debeis estar ya roncós, vamos á beber.

Este primer rasgo de excentricidad, no podia menos de valerle la aprobacion universal.

Encargado por él, de dirigir la columna, Straddling no pudo menos de tomar el camino del *Salmon Real*. De este modo volvia á presentarse antes de los tres dias convenidos, pero no dirigió la palabra á Catalina, ni aun miró hacia el sitio en donde se encontraba. Sin embargo, debió pasar buen dia.

Guillermo Dampier, que ya era entonces millonario, manifestó que queria obsequiar á sus espensas á los concurrentes, y aun á toda la ciudad, si queria dispensarle el honor de ir á trincar con él. Catalina le trató con mucha consideracion. Cuando le oyó hacer el elogio de su amigo y buen compañero, el bravo capitán Straddling, se sintió poseida, no de una tierna emocion, sino de respeto y afabilidad hacia él. Dampier escitado por su auditorio, no dejó como todos los vencedores de tierra y de mar, de referir algunas de sus proezas. Citó entre ellas cierto combate, en que él y su amigo Straddling, habian apresado un buque español cargado de pesos fuertes.

Desde aquel momento la hermosa Ketty, se quedó pensativa, y comenzó á persuadirse que la cuchillada sentaba muy bien en la cara de aquel buen capitán. Despues de beber, cuando Dampier, siempre escoltado por su fiel Achates, fué á ajustar la cuenta con el ama, la tocó familiarmente la barba, como tenia costumbre de hacer con todas las posaderas de las cuatro partes del mundo. A ningun otro hubiera consentido la hermosa Catalina semejante libertad, pero á este le contestó con una graciosa reverencia, y mientras que el héroe y pagador de la fiesta, ponía sobre el mostrador varias monedas de oro, inclinándose rápidamente hacia Straddling.

—Hasta mañana, le dijo, acompañando aquella palabra con una mirada llena de expresion, y con su mas graciosa sonrisa.

El enamorado Straddling, siempre impasible, se contentó con responder.

—Está bien....

Al dia siguiente, el tercero, el gran dia, el que Catalina miraba ya como el del desposorio, desde muy temprano se vistió y adornó lo mejor que pudo, no dudando que el capitán estaria impaciente por presentarse. Antes de medio dia llegó éste y se dirigió desde luego á donde estaba la dueña de la casa.

La encontró inquieta é incomodada, ella no tuvo tiempo para reflexionar, no sabia cuanto la queria el capitán; pero que la deje en paz por el pronto, y despues ella verá....

—Mozo, una pipa nueva y cerveza fuerte, gritó Straddling, dirigiéndose al criado.

Y perfectamente tranquilo en la apariencia, fué á colocarse en su sitio habitual al extremo de la sala. Sin embargo, antes de salir del *Salmon Real*, se acercó á Catalina y la dijo:

—Ayer, con la voz y el gesto, me dijisteis, si, ó poco menos, nosotros los marinos conocemos las señales; hoy es no, ó poco menos. En buen hora, todavia tendré paciencia; sin embargo, hermosa, pensad que ni uno ni otro somos ya tan niños para perder el tiempo en este juego.

¿Quién pues, pudo tan rápidamente hacer variar las buenas disposiciones de Catalina en favor del capitán, y convertir lo blanco en negro? Para esto bastó la presencia de un jóvon á quien no habia visto ya hacia algunos años, y por el que hasta entonces no habia sentido mas que una benevolencia indiferente.

## II.

Alejandro Selkirk.—El colegio.—Los primeros amores.—Ocho años de ausencia.—Combates marítimos.—Regreso y marcha.—El Espadon.

Alejandro Selkirk, (este es el nombre del principal personaje de esta historia), nació en Large-Bay, en el condado de Fife, no lejos de San Andrés. Principió á cursar en la universidad de aquella ciudad, y bien pronto se distinguió por su aptitud é inteligencia; un dia oyó hablar de la belleza de la propietaria del *Salmon Real*, y concibió un ardiente deseo de verla; lo consiguió en efecto y se enamoró perdidamente de ella. Aquella fué una de esas fiebres juveniles, producida mas bien por la efervescencia de la edad, que por el mérito de la que la causa; una de esas esplosiones repentinas, á que están algunas veces sujetos los jóvenes que se dedican á las ciencias, por una comprension demasiado prolongada, de los sentimientos naturales y afectuosos.

Desde aquel momento, todas las palabras del Vocabulario griego y latino, todos los principios de fisica, de matemáticas y de historia natural, trastornados por la borrasca, rodaban confusamente mezclados por la imaginacion de Selkirk, como los elementos del mundo en el caos, antes del dia de la creacion.

Sus catedráticos habian dicho que en el concurso de fin de año ganaria seis grandes premios, pero no obtuvo ni un accessit.

Como castigo, le impusieron una reclusion completa durante el tiempo de vacaciones. Pero las rejas del colegio no eran bastante sólidas, ni sus paredes demasiado altas para contenerle.

Condenado á prision por el crimen de desercion, fué encerrado en un sótano: por el tragaluz pudo salirse, subió á un granero, y se descolgó por el tejado.

Declarado entonces reincidente é incorregible, fué espulsado de la universidad.

Salíó de allí contento y cantando, se escabulló en el camino, del encargado de conducirlo á casa de su padre, y libre por fin completamente, convertido en *gentleman masterless*, fué á alojarse en un cuartucho del puerto, no lejos del *Salmon Real*, y se conceptuó dueño del universo.

En cuanto se abrian las puertas de la taberna, penetraba en ella con las brumas de la mañana, y con los primeros resplandores del dia: por la noche, él era el último que pisaba el umbral despues de apagadas las luces.

Sentado todo el dia en una mesita colocada en frente del mostrador, se mantenía allí, con una pipa y un jarro de estaño, espionando la llegada de Ketty, y en cuanto la veía, fijaba en ella sus ojos que relucian como dos carbunclos.

Catalina no tardó mucho en observar aquella nueva pasion: pero estaba acostumbrada á ellas, y á ver miradas eléctricas, y no hacia mucho caso. Entonces estaba en todo el esplendor de su pasajero poderio; tenia veinte y dos años, él apenas contaba diez y seis: era para ella un niño crecido, flaco y huesudo, de modales toscos, como por lo regular los tienen los estudiantes: se contentó pues con dirigirle de cuando en cuando alguna ligera sonrisa como á los demas parroquianos.

Empero aquella sonrisa maquinal, aquella chispa medio apagada, solo sirvió para aumentar el incendio, haciendo penetrar un rayo de esperanza en el alma del jóvon.

En esa edad, la pasion no tiene todavia un lenguaje oral: reside en el corazon y en la cabeza, pero en los labios se comprende el amor, se experimenta, se sueña, se le escribe en verso y prosa, pero no se habla. Selkirk habia procurado veinte veces hacer una declaracion á Catalina: jamás habia conseguido tener con ella mas que una sencilla conversacion meteorológica, sobre la lluvia y el buen tiempo. Procuraba pues escribir.

Desgraciadamente para él, Catalina leia malisimamente, y le rogó que el mismo la explicase su carta. Aquella fué una tarea muy costosa para el jóvon, que con voz lángida, indecisa y titubeante, se vió obligado á balbucear toda aquella ardiente fraseologia, que parecia congelarse con el aliento del lector.

Ganó no obstante el que Catalina le manifestase algun aprecio: se atrajo su confianza, y le dio buenos consejos como pudiera hacerlo una hermana suya. Hasta le llamó *Sander*, lo cual era una familiaridad de muy buen agüero.

Sin embargo, todos sus recursos se habian ya agotado, y ya no tenia para pagar ni aun el jarro de cerveza fuerte que consumia diariamente. La idea de deber á su amada, y de abrir una cuenta que no sabia como ni cuando podria pagar, le repugnaba. Por otra parte, regresar á casa de su padre para humillar la cerviz, pidiendo perdon, le era tambien muy doloroso. Estaba dotado de uno de esos caracteres altivos é imperiosos, que reconocen sus faltas, no para pensar en repararlas, sino para formarse un punto de partida, y aun un pedestal.

Paseándose por el puerto pensaba en su angustiosa situacion, cuando oyó hablar de un navío que iba á hacerse á la vela en cuanto subiese la marea, y que necesitaba grumetes y marineros. Para él fué una inspiracion, no vaciló, y corrió á firmar su empeño. La misma noche estaba ya en alta mar, al otro lado de la isla de May; fija la vista en la rada de San Andrés, procuraba, aunque en vano, divisar por entre las luces que todavia brillaban en la ciudad, el afortunado farol que adornaba la puerta sagrada del *Salmon Real*.

Ahora Alejandro Selkirk tiene ya veinte y cuatro años: ha llegado á ser un verdadero marino, ama su profesion, y solo la mar es su hermosa Ketty: de la otra hace ya mucho tiempo que no se ocupa su corazon.

Encuétrase este despojado, hasta del sentimiento de amistad, porque entre sus numerosos compañeros, el orgulloso jóvon no ha encontrado ninguno digno de él. Despues de servir dos años en la marina mercante, pasó en clase de marinero á bordo de los buques del estado. Merced á esa grande guerra suscitada en Europa por la sucesion al trono de España, cruzó largo tiempo con el intrépido almirante Kooke por las costas de Francia: con él, se batió en el Báltico con los dinamarqueses, y en 1702, figuraba en clase de primer piloto en la expedicion contra Cádiz, y en el gran combate de Vigo. En fin, á las ordenes del almirante Dilkes, tomó parte en la destruccion de una escuadra francesa, cerca de Granville.

Pero todas aquellas expediciones, mas bien militares que marítimas, y circunscritas al estrecho círculo de los mares de Europa, no satisfacian los vastos deseos del ambicioso marino. Tenia una invencible necesidad de ejercitar sus conocimientos é inteligencia en una escala mas estensa: lo que le convenia era un viaje largo, un viaje de descubrimientos.

El terrible huracan del 27 de noviembre de 1703, que llevó las olas del Támesis hasta la cámara de Westminster, que por poco hace zozobrar á Lóndres como un buque que se va á pique, y que le cubrió casi enteramente con los destrozos de las embarcaciones le pareció á Selkirk una ocasion favorable para pedir su licencia. La obtuvo facilmente; por que el huracan habia dejado en tierra á un gran número de marinos.

Otra vez volvia á encontrarse enteramente libre el estudiante indisciplinado. Se aprovechó de esta circunstancia para ir á Escocia á visitar su pueblo natal, Large-Bay. Su padre habia muerto, y tenia que arreglar allí algunos intereses.

Entonces supo la llegada de Guillermo Dampier á San Andrés, é hizo preparar una barca para trasladarse á aquel punto.

—¡Ah! decia entre si por el camino, si ese intrépido capitán proyectase emprender otro viaje al Nuevo-Mundo, y me admitiese con cualquiera titulo, estaban colmados todos mis deseos. Tengo ansia por ver rostros pintados, otros árboles que encinas y abetos, y otras riberas que las del Báltico, el Mediterráneo y el Océano!... ¿Quién sabe sino le ayudaré á descubrir algun nuevo continente, alguna isla desconocida que llevará mi nombre?....

Y medido por las olas en el frágil esquife que le conducia, soñaba en un gobierno, en la dignidad real tal vez, en uno de los archipiélagos que presentia en el centro de esos profundos mares del Sur, que Cook, Bougainville y Vancouver no debian explorar hasta mas tarde.

Cuando estuvo en el puerto, se apresuró á preguntar por el alojamiento de Dampier, y corrió á él. Esta se hallaba fuera, habia ido á la rada.

Mientras volvia, nuestro jóvon marino, tuvo un recuerdo de su antigua Catalina, de su hermosa Ketty, con los ojos á raiz de la cabeza, y se dirigió hacia su *tippling-house*.

La encontró en su sillón de cuero de Irlanda, como en un trono, y muy bien peinada: tocado que todavia no parecia autorizar lo poco avanzado de la mañana: pero era el famoso tercer dia, y esperaba á Straddling.

Cuando vió entrar á Selkirk:

—Un jarro de cerveza fuerte dijo al mozo, señalando al recién llegado.

—No; contestó el jóvon sonriéndose, la cerveza que he bebido aqui, ha sido para mí un filtro lleno de amargura: un vaso de whisky, si os agrada: y señalando la mesita que habia enfrente del mostrador, se colocó en ella como lo hacia en otro tiempo.

—Servidme aqui, continuó, soy muy apegado á mis costumbres antiguas.

Catalina le miro con asombro.

—Ketty-pretty; ¿no me conoce ya? dijo con voz tierna, acercándose á ella.

—¿Cómo? seria posible? mas en afecto es *Sander*!

—Si; Alejandro Selkirk, en otro tiempo prófugo de la universidad de San Andrés: ayer todavia, primer piloto en la marina real, y ahora, como siempre, vuestro humilde servidor.

Y los dos se alargaron la mano, y ambos con mucha atencion se examinaban curiosamente; y sin duda la impresion fué la misma por una y otra parte.

Catalina encontró á Selkirk muy mudado, pero con ventajas: el tiempo y la navegacion le habian sido favorables: ya no era aquel estudiante de aire tímido, y mal vestido: era un buen mozo, de pecho ancho y flexible y gracioso talle: aunque su rostro era un poco ancho como lo es generalmente entre los escoceses, podia pasar por hermoso: sus ojos menos brillantes que en la epoca universitaria, estaban animados con un reflejo mucho mas atractivo, y el uniforme de la marina real, que todavia vestia, le cuadraba perfectamente.

Por su parte Selkirk, encontró tambien á Catalina muy desmejorada: su rosada tez, la dulce voz, la mirada limpia, y sus veinte y dos años, todo habia sufrido una notable alteracion. Su talle habia engruesado desmedidamente.

Ambos al soltarse las manos, prorumpieron en un suspiro, él, de pesar, y ella de sorpresa.

Los dos cerraron á un mismo tiempo los ojos, ella por temor de mirarle demasiado, y él, para procurar verla como era en otro tiempo.

Sea como quiera, para un marino no era una muger despreciable. Prolongó pues la visita, y de las preguntas, pasaron á las confianzas.

Catalina, le enteró minuciosamente de sus asuntos: su fortuna se hallaba en un estado muy próspero: le marcó con exactitud la suma de que podia disponer,



como también el número de los pretendientes que había desairado; pero no le habló del capitán Stradling, á quien temía ver entrar á cada momento.

Selkirk la refirió sus campañas, sus combates con los franceses y daneses y el triunfo de los navios ingleses en Vigo. Pero cuando le preguntó qué motivo le había conducido á San Andrés, la contestó descaradamente que ella, todavía ella y siempre ella.... y no la dijo una palabra del capitán Dampier, á quien procuró ver cuanto antes.

—En fin, adios *Ketty-Pretty*.

—Hasta la vista, *Sander*.

Y luego el galante marino, aparentando que hacia un esfuerzo se alejó, sin olvidar, no obstante el beber un vaso de whisky.

Y hé aquí por que el tercer día Catalina estaba displicente, hé aquí por que á pesar de las dulces palabras de la vispera, y del esmero con que por la mañana se había ataviado, recibió tan mal al enemigo de Juan Bart.

Durante toda la semana siguiente, Stradling, Dampier y Selkirk, no dejaron de concurrir á la taberna del *Salmon Real*. Selkirk iba allí por Dampier, éste por Stradling y Stradling por Catalina Felton.

Esta creyó que el joven conocía ya á los otros dos y que había navegado con ellos y no la extrañó el verlos reunidos.

Algunas veces Selkirk, dejando á sus compañeros rodeados de jarros y botellas, los abandonaba para describir una tangente hacia el mostrador, é iba á conversar con la interesante ama: ya no la amaba, mas á pesar de eso.... tal vez por razon de eso mismo.... la hablaba entonces con entusiasmo.

Ketty se ruborizaba, se turbaba, y el pobre capitán Stradling, escuchando absorto las narraciones de su ilustre amigo Guillermo Dampier, ó distraído con su pipa, envuelto en una nube de humo, nada veía, ó aparentaba no verlo.

Una noche, sin embargo, fué á apoyarse con los codos sobre el mostrador.

—Ketty, dijo, ¿cuándo celebramos nuestro matrimonio?

—¿Todavía pensais en eso? le contestó con cierto aire de ligereza que la sentaba mejor en otro tiempo: creia que ya se os había borrado de la imaginacion esa idea.

—¿Luego puedo emprender mi viaje, Ketty?

—¿Por qué no? hablaremos de nuestro proyecto á la vuelta.

—Pero es que el viaje que voy á emprender con mi amigo Dampier es de circunnavegacion, y durará por lo menos tres años.

—Tanto mejor; con eso tendremos tiempo de pensar lo con madurez los dos.

—Está bien, respondió el flemático inglés, sin que nada denotase en su semblante polar, ningún pensamiento reservado.

Cerradas las puertas y apagadas las luces, Catalina se acostó tan feliz como puede serlo muger alguna en el mundo y decía:

—*Sander* me ama hace ya ocho años.... merece una recompensa. Posee menos que el otro: es una desgracia; pero es mucho mas jóven y mejor parecido, y esto equilibra la balanza. En cuanto al grado, un primer piloto de veinte y cuatro años, está tan adelantado como un capitán de cuarenta. Entre *Sander* y yo, si el bien estar se halla de mi parte, de la suya estarán el reconocimiento y el trabajar. En todo caso, mas quiero estar en mis faenas domésticas con un marido jóven, que me dirija palabras tiernas y amorosas, mientras haga calceta ó mezca á nuestro hijo, que tener por única diversion el echar de beber á mi dueño y señor, mientras fuma su pipa con los pies sobre los tizones. ¡No me ha hablado así de la dulzura del matrimonio, ese pedazo de hielo, vestido de azul, que se llama el capitán Stradling....

Stradling!.... he aquí un bonito apellido para una muger honrada. Es lo mismo que si dijese el capitán *Califourchon*. (á horcajadas). Yo no quiero llegar á ser madama *Califourchon*.... Madama Selkirk en buen hora. Hé ahí un nombre que suena muy bien. En nuestra Escocia hay el condado de Selkirk, la ciudad de Selkirk y un personaje de este nombre, lord Selkirk, que según creo es ministro de nuestra reina Ana.

¿Quién sabe si seremos de su familia? En cuanto á pasearme por el puerto asida del brazo de un capitán, estoy segura que mis queridas vecinas y amigas, se desesperarán mas pronto de envidia si reemplazo al capitán de la cuchillada con un jóven buen mozo. —Ya está dicho y decidido: me casaré con *Sander*. Está muy distante de esperarlo, pero mañana se lo diré yo misma. Será un hermoso día.... ¿Si se morirá de alegría?....

Al día siguiente se engalanó con su traje de seda y lana y el mismo peinado con que Selkirk la vió por primera vez despues de su regreso. Esperó así, sobre las armas, una gran parte del día. En fin, habrían trascurrido como unas cuatro horas, cuando llega Selkirk acalorado, corriendo y con aire triunfal en sus miradas.

—¡Dios mío! pensó Catalina, ¿si habrá tenido el sentimiento de lo que yo le reservo?

—Felicitadme, *Ketty-Pretty*, la dijo el jóven con voz ahogada. He sido nombrado contra-maestre del brick el *Espadon*, que se encuentra en Dumbar.

—¿Cómo!.... ¿y os vais?

—Dentro de una hora.

—¿Por mucho tiempo?

—Lo menos por tres años.

—¿Por tres años lo menos?

—Antes de quince dias nos hacemos á la vela para las Indias Occidentales.... Se trata de un gran viaje de comercio y de descubrimientos alrededor del mundo. Desgraciadamente no nos acompaña Guillermo Dampier

pero suministra fondos al bravo capitán Stradling.

—¿Stradling?

—Si, él es el que acaba de contratarme, y el que me lleva. Nuestro convenio está ya firmado.... soy contra-maestre.... voy á explorar el Nuevo Mundo. ¡Ah! no cambiaria mi suerte por la de un rey!.... Pero el tiempo urge: adios, Ketty, hasta la vuelta.

—Tres años! murmuró Catalina.

Y el peinado se la descompuso, y un sudor frio corrió por su frente.

(Se continuará.)

## FISIOLOGIA DE LA ESCRITURA.

Se ha escrito la fisiologia de la nariz; ¿por qué no ha de escribirse la de la escritura? Voy, pues, á reunir en un solo artículo los diversos principios que se han establecido sobre las observaciones á que ha dado lugar la escritura considerada como signo exterior, como indicio de las inclinaciones, de los vicios, de las virtudes, en una palabra, de la moral del individuo.

Riéronse en mis barbas cuando dije en una reunion que era fácil conocer el carácter de una persona por la inspeccion de su letra, no porque la proposicion pareciese nueva, sino porque pareció absurda. Propuse, pues, hacer la prueba; advirtiéndole que consentia en pasar por un charlatan si no conseguia probar mi aserto; aceptaron, pero por mas de una linda boca, vi errar la sonrisa de la ironia.

Una señora me presentó una carta de una estension bastante considerable. El todo, presentaba un orden perfecto y nada estudiado; las líneas principiaban todas al mismo nivel; eran rectas y distaban igualmente unas de otras; las palabras se hallaban también á distancias regulares y los puntos y comas eran numerosos y bien indicados. No fué difícil deducir de indicios tan palpables que el que habia escrito aquella carta, era hombre de orden, de método y precision; sin embargo, no pareciendo concluyentes aquellas designaciones generales que podian ademas modificar el estudio de los detalles, fué necesario considerarlos antes de afirmar nada.

Observé desde luego la forma de las mayúsculas, y el mismo orden reinaba en ellas aunque con variedad en las formas. Estudié en seguida las *pp*, las *ff* y demas letras minúsculas que sobresalen en un escrito, y el resultado de la observacion fué el mismo. En fin, examiné las *aa*, las *oo*, las *mm*, las *ss*, y las *ee*, y vi que todas las letras que deben ser redondas y cerradas, dejaban rara vez de ofrecer ambas condiciones; sin embargo, las *mm* y las *nn* eran mas bien angulosas, y generalmente el cuerpo de la letra aparecia un poco apretado; las *tt*, estaban tildadas algo hacia arriba, por medio de un rasgo breve, pero mas sensible á la derecha que á la izquierda.

Deduje de mis observaciones, que el carácter del que habia escrito aquella carta, tenia en efecto por base el orden, el método y la precision; que no le faltaba talento ni penetracion; que era un poco satirico; que tenia resolucion, pero en un grado muy distante de la tenacidad; en fin que abrigaba mas prudencia que franqueza. Los defectos de aquella persona debian ser la irritabilidad y el rencor, si puede llamarse así un recuerdo profundo de las injurias. Este último defecto, fué el único que se me negó: intenté probar que tenia razon, pero hablaba á un hijo de su padre y cedi; sobre todo lo demas, convinieron en que habia acertado.

Esta prueba fué seguida de una segunda: se me presentó un escrito de muy buena letra, en el que todo era perfecto y delicado, así en las formas como en la armonia y gracia de los perfiles. Segun el método gramatical de los alemanes, todos los sustantivos principiaban por una mayúscula, todas las palabras concluian por la letra final de rigor, todas las líneas por un ligero adorno; era verdaderamente una hermosa página. No dudé, sin embargo, en decir que el que la habia escrito tenia la cabeza hueca, y el cerebro vacío; que era un hombre superficial, frívolo hasta lo sumo, y que no servia para otra cosa que para pintar así la letra. Se echaron á reir: era el retrato de un profesor de primeras letras que gozaba en grado superlativo de todas aquellas perfecciones.

El sistema fué sometido á otras muchas pruebas de las cuales triunfé tan victoriosamente como de las primeras. Hasta me atreví á decir que seria posible llevar la investigacion mucho mas lejos y establecer conjeturas ciertas sobre el temperamento, la constitucion fisica, la estatura, el color de la cara y de los cabellos, en fin, hasta sobre la edad de un individuo. Pero como estaba algun tanto ufano con el éxito que acababa de obtener sobre el entendimiento escéptico de muchas señoras, éxito tanto menos contestable, cuanto que sabian muy bien que jamás habia visto á las personas cuya letra se me habia presentado, me apresuré á decir que no dejaria de cometer algun error sobre aquellos extremos, aun cuando estuviera seguro de acertar las mas de las veces.

Una señora que todavia no se daba por convencida, me pidió una última prueba, y de las observaciones que hice, resultó este retrato poco lisonjero en verdad; carácter imperioso y malo, avaro, incapaz de enamorarse, violento, arrebatado, mucha finura, mucha astucia y poca franqueza. Aquella pobre señora no tuvo por qué aplaudirse de su increíble curiosidad; era de ella misma de quien se trataba.

Entonces se me preguntó, sobre que principios ciertos podia descansar aquella magia de nuevo género, y hé aquí lo que contesté:

¿No os ha sucedido alguna vez al observar ciertos escritos, decir espontáneamente, letra de escribano ó de procurador? Y al ver otros indescifrables, prorumpir lo mismo diciendo: letra de sábio ó de gran personaje.

¿No os ha sucedido, al ver un escrito, juzgar inmediatamente del grado de educacion é instruccion de su autor? Siempre, pues, que hayais juzgado basándoos en ese indicio infalible, recordad y decidme si habeis acertado. En ese caso habeis comprendido un signo demasiado manifesto para que pueda nadie engañarse con él en cuestiones muy simples ciertamente, pero suficientes para probaros la racionalidad del hecho, solo que os deteneis en ese punto, al paso que de induccion en induccion habrais llegado hasta conocer el interior del individuo; por ejemplo:

En primer lugar, marcando puntos en nuestro caminos, establezcamos tipos generales, géneros que abracen todas las especies. Seremos sencillos en nuestra clasificacion, no admitiendo mas que tres géneros de caracteres; los buenos, los malos y los dudosos, como hablando del color del pelo diriamos el negro, el rojo y el rubio ó castaño. El género de los dudosos es el mas abundante, porque hay en este mundo una infinidad de individuos cuya bondad y malicia se hallan en estado neutro, negativo y de cristalización moral, segun ha dicho cierto novelista, así como entre los de negro y rojo hay rubios mas ó menos cenicientos, hasta el castaño claro, oscuro, etc.

Hecho esto, admitiremos tres géneros diferentes de letra.

1.º La regular, redonda, correcta, sin presion ninguna en los rasgos y mayúsculas, letra eminentemente graciosa á pesar de los defectos que un profesor encontraria en el conjunto y en los detalles, esa letra manifiesta la bondad de carácter del individuo que la usa, si no reúne en sus formas ninguna otra condicion que las referidas.

2.º La letra muy inclinada, que en todos los casos parece angulosa, casi siempre apretada, dura, difícil de leerse, aunque las letras una por una estén en general bien formadas, esa forma que carece de mayúsculas ó las tiene con profusion y domina casi siempre por su enormidad el cuerpo de la linea; esa letra anuncia seguramente muy poca bondad en el que la ha escrito.

3.º La letra irregular que tiene algo de la primera por la contestura del cuerpo de la linea y que pertenece esencialmente á la segunda por las mayúsculas, indicará claramente mas afinidad por uno de los dos caracteres que aquellos manifiestan, segun que su forma se parezca mas al primero ó al segundo género.

Estos tres tipos se modifican muchísimo. El primero por ejemplo podrá manifestar al mismo tiempo que la bondad, una cierta susceptibilidad delicada y aun irascible (que es la que principalmente se nota en la letra de las mugeres mas apreciables) ó bien podrá indicar tendencia á la debilidad, á la necedad y otros vicios y virtudes, como se nota en la letra del indeciso Melendez.

La de las otras dos especies anuncia debilidad de espíritu, pero sin embargo se nota á través de todo, cierta vivacidad, cierta resolucion caprichosa que degenera en tenacidad.

El segundo tipo, el de la maldad, está habitualmente modificado por indicios de alta capacidad, lo que es mas raro en el primer tipo. Este hecho no deja de ser notorio. Al abrir la historia es fácil convencerse de que las personas dotadas de gran carácter han sido dulces y buenas, mas bien por accidentes rarísimos que por naturaleza. El último de los tres tipos es sin duda ninguna el mas susceptible de modificaciones, pero rara vez indica un carácter dotado de mucha energia.

Sentado esto hablaremos de una objecion que solo ha servido para probar evidentemente la solidez del sistema. Se ha dicho: si yo desfiguro mi letra ¿qué vereis?—Que mentis. Y si os dedicaseis habitualmente á evitar todas las formas que descubren un carácter (cosa imposible en la práctica) se deduciria que sois embusteros incorregibles.

Se ha preguntado, en seguida, si la educacion que corrige y pone un freno poderoso á las pasiones humanas, podria producir algun cambio en la letra de un hombre, y si deberia entonces considerarse como la expresion real de sus inclinaciones originales.—Si, se ha contestado, citando un ejemplo;

Una persona acostumbrada anteriormente á leer en el corazon humano por la inspeccion de la escritura, se relacionó con otra cuya letra indicaba inclinaciones perversas; pero las noticias y recomendaciones de que iba provisto eran tan ventajosas, era tan pura, tan ajustada su reputacion de probidad, que hizo creer á todos que la educacion habia corregido los vicios del natural. Este hombre engañó y robó mas tarde y no hubo quien lo extrañara.

De donde se infiere, que no hay hombre por honrado que sea, ni bribon de los mas rematados, que sabiendo escribir correctamente, pueda escaparse á un examen riguroso de su letra.

El sistema que acabamos de enunciar podrá parecer extraño á nuestros lectores; y sin embargo tiene la ventaja de ser mas modesto y comprensible que la fisiologia de Lavater y la ciencia frenológica de Gall.

Estos dos sistemas, únicos, que hacen ostentacion de pretensiones filosóficas, han dado en la gracia de disputarse acerbamente el privilegio de conocer, apreciar y analizar todos los pliegues, dobleces, sinuosidades y madrigueras del corazon humano, punto al que ni queremos ni nos atrevemos á llegar nosotros con nuestro sencillo sistema.

F. S.



## MONUMENTOS PUBLICOS DE PARIS.

ANTIGUO GUARDA-MUEBLES DE LA CORONA, HOY MINISTERIO DE LA MARINA.—Se ha criticado muy á menudo el

estilo arquitectónico del antiguo Guarda-muebles de la corona, y en particular por lo respectivo al plan terreno que parece se asemeja á una cárcel, pero á pesar de todo, lo mismo este monumento que el que sirve de colateral al otro lado de la calle Real, mirados desde el centro de la plaza de Luis XV, ofrecen un aspecto imponente, y armonizan con los demás objetos que componen el magnífico cuadro que tiene el espectador á su vista. Se entraba en un principio al Guarda-muebles por el arco del centro de la fachada, y una escalera adornada con estatuas y bustos antiguos, conducía á distintos departamentos. La primera se destinaba á custodiar las armaduras francesas y extranjeras; allí se veía la que llevó Francisco I en la batalla de Pavía; la que vistió Enrique II cuando le hirió mortalmente Montgomeri; las de Enrique III, Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV, siendo esta última un regalo de la república de Venecia; también se veían allí dos espadas de Enrique IV, la del rey Casimiro y la del pontífice Paulo V. En medio de esta sala había dos cañones de menor calibre montados sobre sus cureñas, con embutidos de plata que regalaron á Luis XIV, los embajadores del rey de Siam, y cuyos cañones sirvieron para la toma de la Bastilla. Había además una multitud de armas antiguas y modernas.

En otra sala se custodiaban ricos tapices pertenecientes á distintas épocas, trabajados unos en Francia y otros en otras naciones. En otro salón se veía una riquísima colección de alhajas, adornos de altar y regalos que recibió el rey de Francia de los monarcas orientales. Entre otras muchas preciosidades, debemos hacer particular mención de la capilla de oro del cardenal Richelieu, cuyas piezas eran todas de oro macizo con engaste de diamantes. Los canelabros valían 20,000 libras y los adornaban 2,516 diamantes.

En los diferentes departamentos del Guarda-muebles lo mismo que en la galería y en la escalera, había in-

nidad de estatuas de bronce ó mármol, algunas antiguas y la mayor parte modernas, y también ochenta y ocho cuadros, de los cuales siete u ocho eran de un mérito mediano. El antiguo Guarda-muebles de la corona desde la

á espensas de los ciudadanos de París: el preboste de los comerciantes y otros individuos queriendo dar á Luis XIV un testimonio de su admiración, encargaron al célebre Blondel el plan y los dibujos del monumento, y á Miguel y Francisco Anguier las esculturas y los bajos relieves.

La puerta de San Dionisio tiene 74 pies de longitud y 73 de altura, poco más ó menos; su latitud es de 15 pies, la abertura de la grande arcada tiene 24 pies y 6 pulgadas. Delajo de la arcada principal era por donde debía pasar el triunfador.

Hacia el lado de la ciudad, frente de esta arcotriunfal presenta dos especies de obeliscos ó pirámides unidas á la pared, y terminadas por un globo y una corona. Estos obeliscos están decorados con trofeos de armas antiguas y de un estilo particular. Al pie de cada uno de estos obeliscos aparece sentada una figura de una dimension colosal. La mujer que se ve llorando y en abatimiento mas profundo representa las siete provincias unidas; la Holanda representada por

revolucion ha pertenecido al ministerio de Marina, y en él se ha colocado un telégrafo que se corresponde con el de Brest. La entrada principal se ha abierto desde entonces en la calle Real.

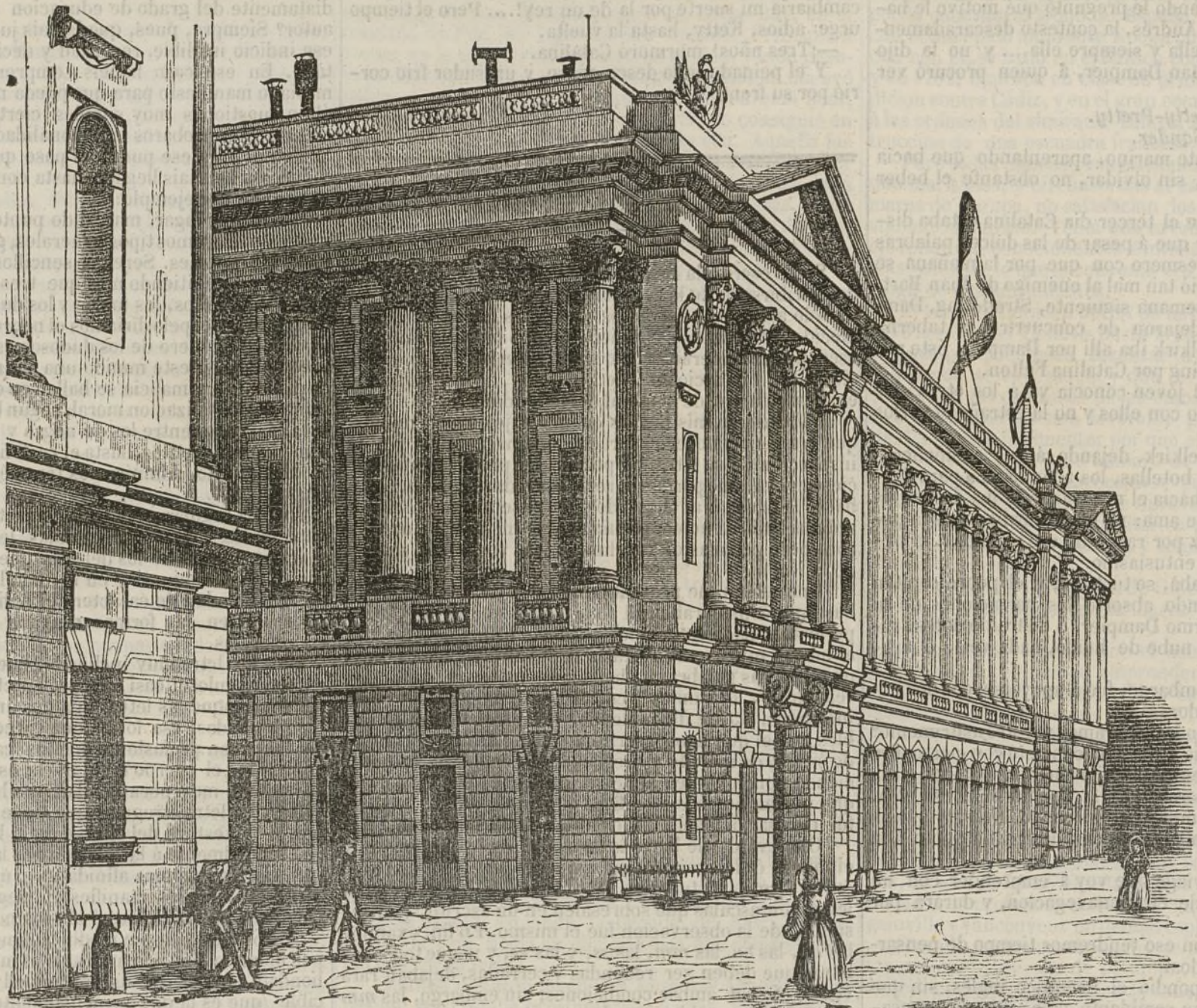
medio de esta alegoría llora sus desastres, su condición de tributaria y su derrota. El hombre vigoroso que se ve en el otro lado apoyándose en un timón sosteniendo el cuerno de la abundancia, es el Rhin

tranquilo y orgulloso cantando en tan hermosos versos por el gran poeta Bodelau. Estas figuras inspiradas por la antigüedad, y como tales de una gran severidad y belleza de estilo, se hicieron según los dibujos de Lebrun.

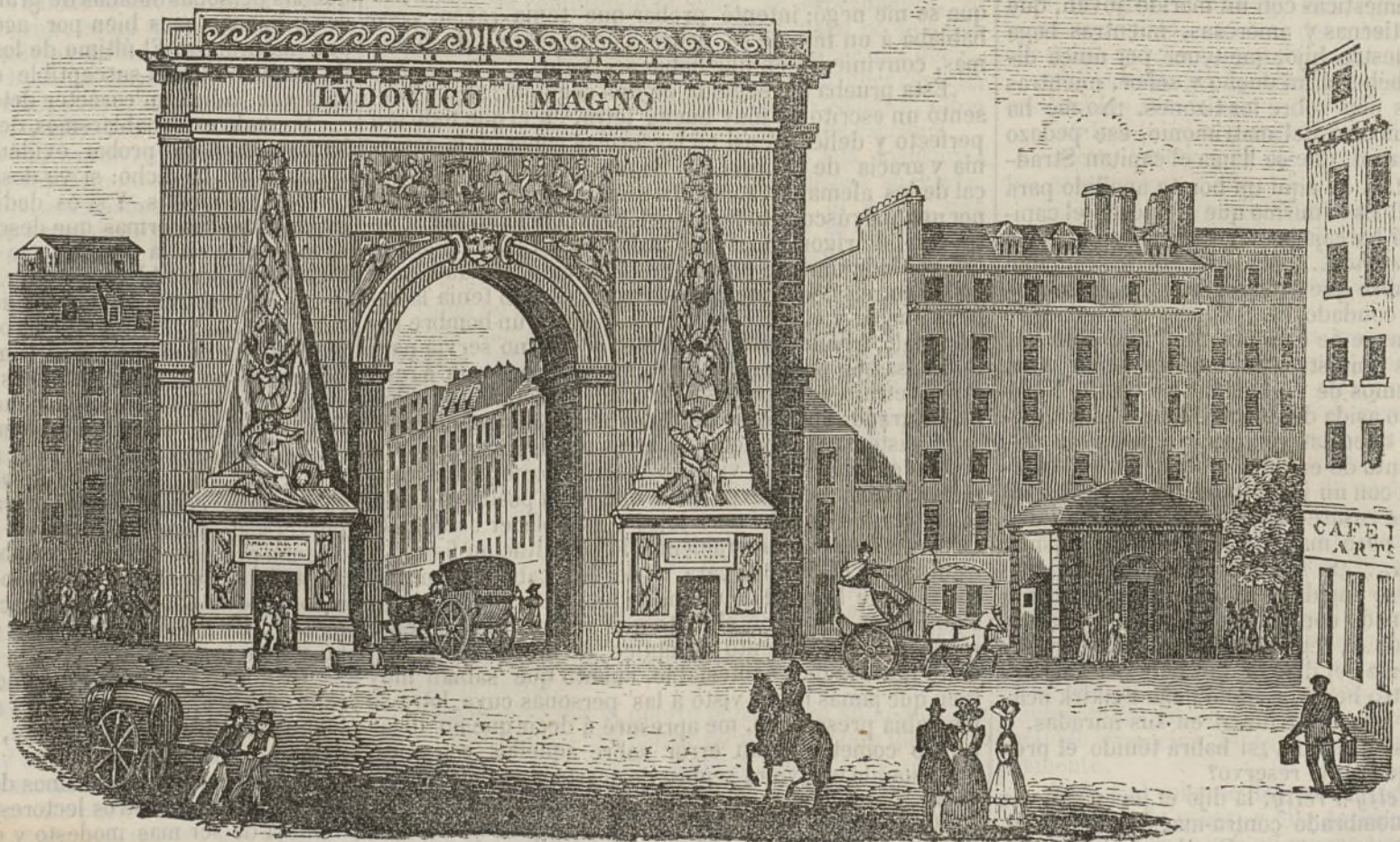
Encima de la arcada y en un espacio relieve se ve á Luis XIV á caballo vistiendo el traje de guerrero; pero á pesar de este disfraz antiguo se conoce al gran rey: Luis XIV aparece en actitud de mandar sobre el friso se lee la siguiente inscripción decorativa: *Ludovico Magno*.

Este monumento admirable por la perfecta armonía que reina en todas sus partes, por sus grandes dimensiones y la bella ejecución de

sus detalles, tiene la desgracia de estar mal cuidado. Considerado el monumento, bajo el punto de vista artístico, no carece de imperfecciones. De cualquier modo que sea, la puerta de San Dionisio se mira á lo menos



Palacio del ministerio de Marina, en París.



Puerta ó arco triunfal de San Dionisio, en París.

PUERTA O ARCO TRIUNFAL DE SAN DIONISIO.—El arco triunfal de San Dionisio se levantó en 1672, según los dibujos de Francisco Blondel, en ocasión de la rápida conquista de Holanda por Luis XIV.

El arco triunfal de la puerta de San Dionisio se elevó

En cu- remos al progreso nomia in parte. N- cio vasto solver, ha tenido



preboste de la Francia. como uno de los mejores monumentos del gran siglo de la Francia.

LA BOLSA DE PARIS.—No hace un siglo todavía que la ciudad de París cuenta en el número de sus establecimientos públicos, un local especialmente destinado para la Bolsa. Un decreto del Consejo de Estado de 24 de setiembre de 1724, designó por la primera vez un local para el comercio; este fué el antiguo palacio de Mazarino situado en la calle de Vivienne. Poco después de la revolución, la Bolsa fué trasladada á la iglesia de los Padres Mínimos y devuelta más tarde al culto por el emperador Napoleón. Desde entonces se comenzaron á echar los cimientos de la nueva Bolsa que se abrió al público en 1826, el día de San Carlos. La Bolsa, el mas monumental y el mas bello de los edificios de París, no ha cesado de embellecerse desde el principio del siglo; se comenzó primero segun los dibujos de Brongniart, pero los arquitectos encargados de proseguir la ejecución de su plano, han debido, de acuerdo con el consejo de los Establecimientos civiles, introducir allí útiles modificaciones: 66 columnas de orden corintio de 5 pies de diámetro y separadas por espacios de 12 pies sostienen el entablamiento, formando una galería cubierta bastante espaciosa que circuye el monumento. La sala grande está alumbrada por la cúpula y se ha construido para calentarse por

se esperaba, por lo menos se han conocido progresos relativamente al arte de calentar.

El aparato ha costado 338,000 rs. y no exige casi ningun gasto para su sostenimiento. La estufa diaria cuesta hoy 120 rs. poco mas ó menos.

PALACIO DE LA ASAMBLEA EN PARIS.—El palacio de la Asamblea de los representantes de Francia fué ocupado

vo que tenían encargo de sancionar las voluntades del amo de la Francia sin poder nunca tomar la palabra.

Desde la restauración la Cámara de los diputados ha sucedido al Cuerpo legislativo, y en estos últimos años se han ejecutado grandes trabajos en este palacio. Se han construido á la izquierda varios departamentos para contener la biblioteca de la Asamblea, pero no los hemos

indicado para que se pueda comparar el aspecto primitivo del monumento con su aspecto actual.

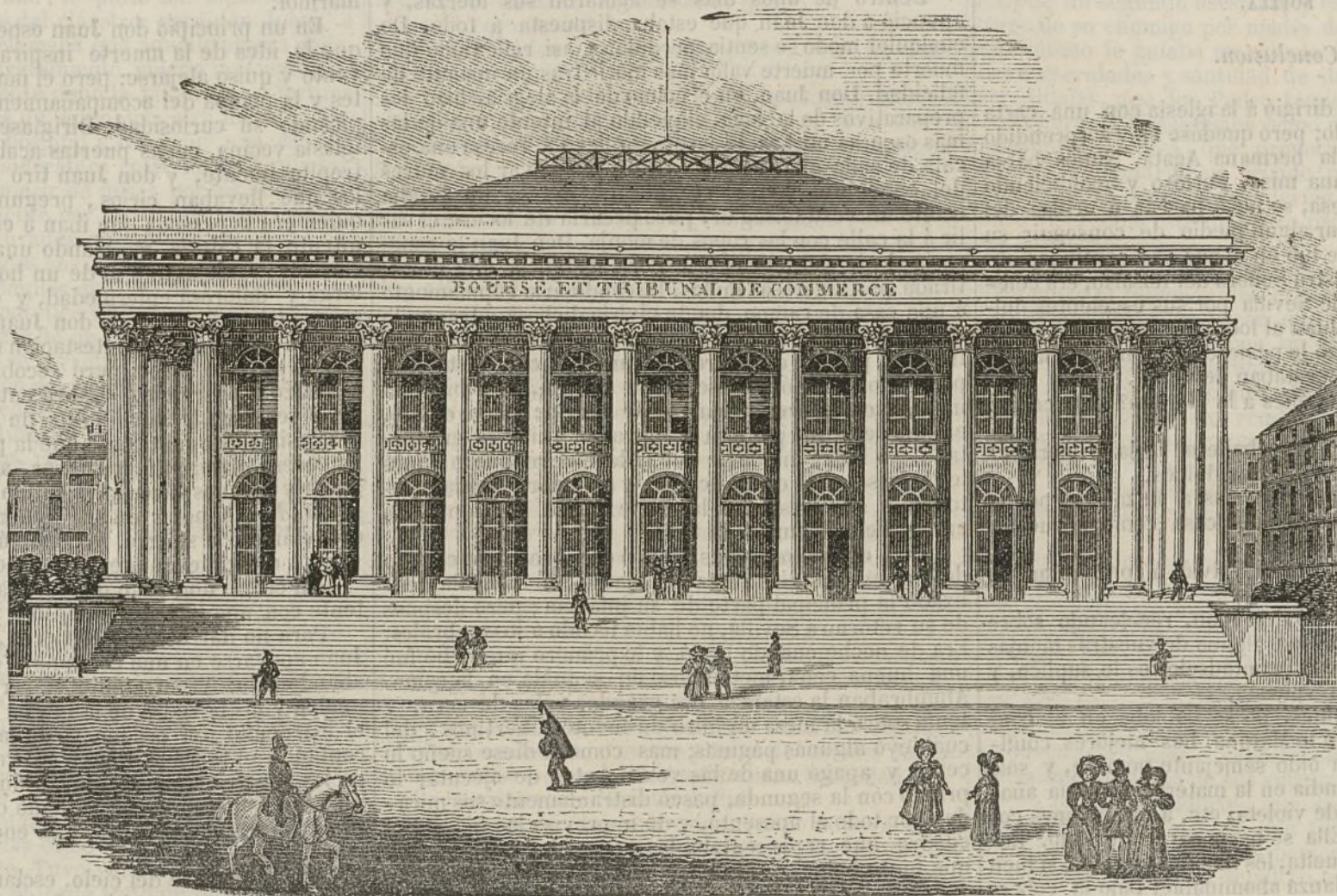
Una escalera de cerca de 400 pies de longitud conduce á esta fachada. Las dos estatuas colosales que se elevan sobre estos pedestales antes del palacio, y de los dos costados de la escalera representan la Justicia y la Prudencia. Los cuatro personajes que están antes de penetrar en la escalera son L'Hopital, Daguesseau, Sully y Colbert, nobles imágenes, cuya vista recuerda modelos de firmeza, de integridad, de sabiduría, de economía y de adhesión ilustrada al país, que han tenido en nuestros días muy pocos imitadores.

El fronton que corona el entablamiento sostenido por las doce columnas corintias de grande dimension, está adornado de un bajo relieve ejecutado por Fragonard: representa la Ley apoyada sobre las tablas de la Carta, sostenida por la Fuerza y por la Justicia. A la izquierda de esta figura principal, la Paz trae el Comercio; á su derecha se adelanta la Abundancia seguida de las artes y de las ciencias. En los ángulos están las imágenes alegóricas del Sena, del Marne y del Ródano; esta fachada con sus accesorios, ha costado siete millones doscientos mil rs.

Es de sentir que se hayan elevado sobre el puente de la Concordia, situado enfrente de esta fachada, las estatuas colosales de algunos de los ilustradores de la monarquía francesa. Se ha emitido con frecuencia el voto para que fuesen trasladadas á la plaza de Luis XVI, ó á la grande avenida de los Campos Eliseos.

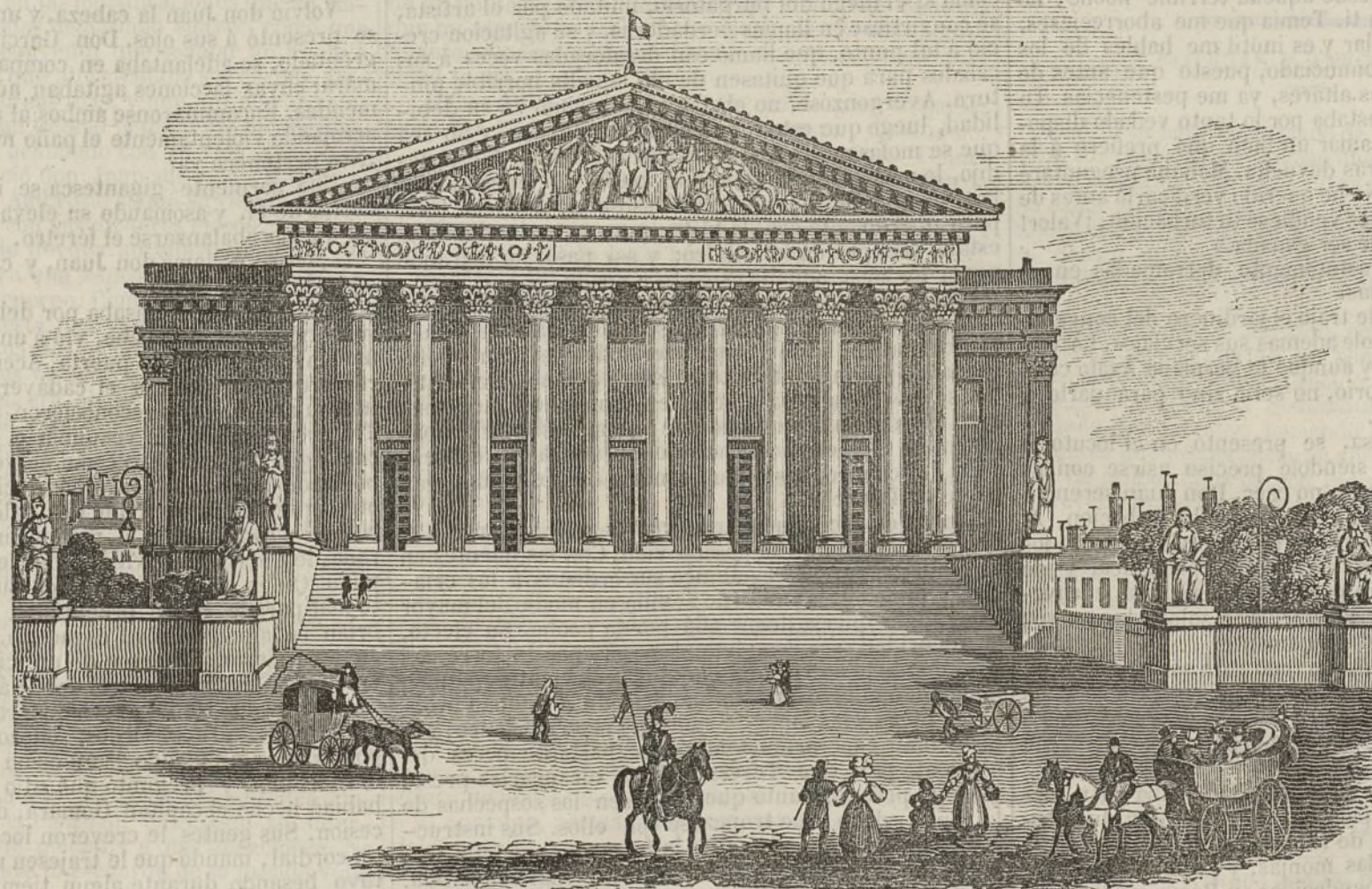
Cuando en medio de este puente se miran los lugares cercanos, se ve por un

lado la fachada del palacio y por el opuesto el hermoso templo de la Magdalena, una de las maravillas de Francia, y á derecha y á izquierda el Sena; aquí el palacio de las Tullerías con sus jardines, magníficos hoteles y el panorama del antiguo París; allí luce el verdor de los Campos Eliseos, el puente de los Inválidos y de Jena; el uno tan pintoresco, el otro tan elegante; y mas allá las colinas cubiertas



Bolsa y Tribunal de Comercio, en París.

por el Consejo de los Quinientos bajo la república y por el Cuerpo legislativo bajo el imperio. La primera de estas dos Asambleas políticas habia celebrado en su origen sus sesiones en la sala del *Menage*, tan incómoda y tan mezquina, que vió sucesivamente la Asamblea constituyente, la Asamblea legislativa y la Convención. Los defectos de este local determinaron al Directorio á dar al



Palacio de la Asamblea legislativa, en París.

En cuanto al modo de calentar el recinto nos ocuparemos ahora aunque someramente: están probados los progresos que han hecho los procedimientos en la economía industrial de Francia, de algunos años á esta parte. Nadie ignora que el modo de calentar un edificio vasto es uno de los problemas mas difíciles de resolver, y si el nuevo ensayo aplicado á la Bolsa no ha tenido un resultado enteramente satisfactorio como

Consejo de los Quinientos el palacio Borbon que habia confiscado la república, teniendo presente la familia de los Condé. Uno de los arquitectos de Francia, Mr. Gisors, cuyo hijo sostiene hoy la reputación del padre, se encargó de apropiar este edificio á su nuevo destino, y tres años después el Consejo de los Quinientos vino á tomar posesión de él. Napoleón envió á sentarse al antiguo palacio Borbon á los diputados del Cuerpo legislativo



de jardines y de bonitas casas de recreo, al pie de las cuales serpentea el Sena, que parece alejarse con sentimiento de París. Tal vez sea este el mas bello punto de vista de la Francia.

## LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

NOVELA.

### Conclusion.

Al día siguiente se dirigió á la iglesia con una carta preparada en el bolsillo; pero quedóse muy sorprendido no viendo aparecer á la hermana Agata. Nunca había encontrado tan larga una misa. Furioso y maldiciendo los escrúpulos de Teresa, se fué á pasear á orillas del Guadalquivir, para idear algun medio de conseguir su objeto; y por último, se fijó en el que va á continuación.

El convento de Nuestra Señora del Rosario, era celebrado entre todos los de Sevilla por sus excelentes dulces. Encaminóse don Juan al locutorio, preguntó por la hermana tornera, é hizo le pusiese de manifiesto la lista de todos los dulces que estaban de venta.

—¿Tendrais acaso limones á lo Marana? dijo con el aire mas natural del mundo.

—¿Limones á lo Marana, caballero? Es la primera vez en mi vida que oigo mentar tales dulces.

—Y sin embargo, nada hay mas á la moda; por lo que me admira mucho que en una casa como la vuestra no los tengais en abundancia.

—¿Limones á lo Marana? Volvió á preguntar la tornera.

—A lo Marana, insistió don Juan, recalando sobre cada sílaba. Imposible es que alguna de vuestras monjas no sepa como se hacen. Preguntádselo, os lo suplico, y mañana vendré por la respuesta.

Unos instantes despues, no se hablaba en el convento sino de limones á lo Marana. Las mejores confiteras, no habian nunca oido semejante nombre, y solo la hermana Agata entendia en la materia. Deberia añadirse esencia de rosa, de violeta, etc., á los limones comunes, y despues.... Ella se hacia cargo de todo. Encontró don Juan á su vuelta, los limones pedidos, si bien constituian una mescolanza abominable; bajo la cobertura del plato, tropezó con un billete de su antigua amante. Reducíase á nuevos ruegos de un eterno olvido; pero aunque la infeliz se esforzaba en engañarse á sí misma, traslucíase que entre los tres sentimientos, la religion, la piedad filial y el amor, que porfiaban por enseñorearse de su espíritu, este último sobrepusaba en fuerza á los dos primeros. A la mañana siguiente, envió don Juan uno de sus pases al convento, con una caja llena de limones para poner en dulce, los cuales recomendaba á la monja que habia preparado los anteriores. En el fondo de la caja, iba envuelta con sagacidad una respuesta á las cartas de Teresa. Decíale:

«He sido muy desgraciado. Una ciega fatalidad condujo mi espada, y desde aquella terrible noche, no he cesado de pensar en ti. Temia que me aborrecieses; pero te he vuelto á hallar y es inútil me hables de los juramentos que has pronunciado, puesto que antes de sacrificar al pie de los altares, ya me pertenecias. Tu corazón era mío, y te estaba por lo tanto vedado disponer de él. Vengo á reclamar un bien que prefiero á la vida; y moriré ó me serás devuelta. Mañana preguntaré por ti en el locutorio. No he querido verificarlo antes de prevenirte, temiendo nos vendiese tu turbacion. ¡Valor! dime si la tornera puede ser ganada.»

Dos gotas de agua, astutamente derramadas en el papel, figuraban lágrimas.

Una hora despues, le trajo el jardinero del convento la respuesta, ofreciéndole ademas sus servicios. La tornera era incorruptible; y aunque la hermana Agata consentia en bajar al locutorio, no seria sino para darle y recibir un eterno adios.

La desdichada Teresa, se presentó en el locutorio mas muerta que viva, siéndole preciso asirse con las dos manos de la verja para no caer. Don Juan sereno é impasible, saboreaba con delicia aquella turbacion. Al principio, para que no recelase la tornera, habló de los amigos que Teresa habia dejado en Salamanca, y de cuyos cumplimientos era portador; en seguida, aprovechando un momento en que quedaron solos, dijo en voz baja y apresuradamente á su amante:

—Estoy resuelto á tentarlo todo para sacarte de aqui, y hasta quemaré el convento si es preciso. No escucho nada; me perteneces, y dentro de unos dias serás mia ó pereceré, aunque no sin que muchos otros perezcan conmigo.

Acercóse la tornera. Teresa se ahogaba, sin serle dable articular una palabra, mientras don Juan hablaba indiferentemente de los dulces, de las labores de aguja que ocupaban á las monjas, y prometia á la tornera enviarle rosarios bendecidos en Roma, y regalar al convento un traje de brocado para vestir á la santa patrona el día de su fiesta. Despues de media hora de conversacion, saludó á Teresa con un aire grave y respetuoso dejándola en un estado imposible de describirse. Corrió á su celda, y encerrada allí, trazó sin saber lo que se hacia, una larga carta llena de reprensiones, de quejas y súplicas. No pudo empero dejar de confesar su amor, falta de la cual se disculpaba con el pensamiento de que su espiacion consistia en resistirse á los deseos de su amante. El jardinero, encargado de esta criminal correspondencia, le trajo en breve una contesta-

cion. Don Juan no cejaba; tenia cien valientes á su servicio, y no se paraba en sacrilegios. Moriria gustoso con tal de estrecharla otra vez en sus brazos. ¿Qué habia de hacer aquella infeliz acostumbrada á ceder á un hombre que poseia su corazón? De noche se entretenia en llorar, y de día la imagen de don Juan interrumpia sus oraciones. Si asistia con las demás hermanas á los ejercicios piadosos, esteriormente parecia rezar, mientras que interiormente se abrasaba.

Dentro de unos dias se agotaron sus fuerzas, y anunció á don Juan que estaba dispuesta á todo. De cualquier modo se sentia perdida, y asi reflexionó que muerte por muerte valia mas morir tras un instante de felicidad. Don Juan, en el colmo de la alegría, hizo los preparativos de la fuga, eligiendo al intento una de las mas oscuras noches. El jardinero llevó á Teresa una escala de seda que debia servirle para salvar los muros del convento, y en cierto parage del jardin estaba oculto un vestido seglar, pues pecaría de locura el salir á la calle con las ropas de monja. Don Juan la esperaba al pie del muro; y á poca distancia una litera, tirada por vigorosas mulas, la conduciría rápidamente á una casa de campo, donde viviría dichosa y tranquila con su amante, libre de persecuciones. Tal era el plan trazado por el de Marana. Mandó hacer vestidos á propósito, probó la escala de cuerda, escribió una instruccion sobre la manera de atarla; nada omitió, en fin, de lo que pudiera asegurar el éxito de su atentado. No habia miedo de que faltase el jardinero, pues le tenia sobrada cuenta callar, y á mayor abundamiento debia ser asesinado la noche misma del rapto. No era dable urdir mejor la trama.

Para evitar sospechas, partió don Juan á su castillo de Marana dos dias antes del fijado. Allí se habia deslizado la principal parte de su infancia; pero despues de su retorno á Sevilla, no habia tocado á los umbrales. Era de noche cuando llegó, y lo primero que pidió fué una buena cena, metiéndose en seguida en la cama. Alumbraban la estancia dos grandes velas de cera, y tenia sobre la mesa un libro de cuentos libertinos, del cual leyó algunas páginas; mas como le diese sueño lo cerró y apagó una de las velas. Antes de ejecutar lo propio con la segunda, paseó distraidamente sus miradas por todo el aposento, y de imprevisto las fijó en el cuadro que representaba las penas del purgatorio y que tanto habia contemplado cuando niño. Involuntariamente se dirigieron sus ojos al hombre cuyas entrañas devoraba una serpiente, y aunque el espectáculo le inspiraba igual horror que en otro tiempo, no podia, sin embargo, apartar la vista de él. Acordóse entonces del capitan Gomara y de las violentas contorsiones que la muerte habia impreso en su rostro, idea que le hizo estremecer, erizándosele los cabellos. Empero, como era valiente, apagó la última luz; si bien fué con la esperanza de que la oscuridad le librara de tan espantosas imágenes. Sucedió al revés, pues sus pupilas se dirigian siempre hácia el mismo cuadro, que no distinguia, y que con todo la costumbre pintaba en su imaginacion tan claramente como si los rayos del sol lo iluminasen. A ratos creia ver inflamadas las figuras, como si el fuego del purgatorio, imitado por el artista, se convirtiese en llamas verdaderas, y su agitacion creció á tal punto, que llamó con desaforadas voces á sus criados para que quitasen de allí aquella horrible pintura. Avergonzóse, no obstante, pensando en su debilidad, luego que estos acudieron á sus gritos, y no sea que se mofasen de él si llegaban á saber la causa, les dijo, lo mas naturalmente que pudo, que encendiesen las velas y le dejasen solo. Púsose de nuevo á leer; pero meramente con la vista, pues su entendimiento estaba siempre en el cuadro; y asi pasó, no logrando pegar los ojos, aquella espantosa noche.

Levantóse al amanecer apresuradamente, y salió á cazar. El ejercicio y el aire fresco de la mañana le fueron calmando, hasta desaparecer todas las impresiones escitadas por la fatal pintura. Entró sereno en el castillo, se puso á la mesa y bebió en abundancia. Acostóse, algo aturdido, en un lecho que habia hecho le preparasen en otra estancia; pero, el recuerdo que conservaba del cuadro, bastó para tenerle despierto una gran parte de la noche.

Inútil es decir que estos terrores no le inspiraron el arrepentimiento de su pasada vida. Con las mientes en el rapto de Teresa, comunicó sus órdenes á los criados, y tomó solo la vuelta de Sevilla en medio del mayor calor, pues queria llegar allá por la noche. En efecto, la oscuridad era completa al pasar por la torre del Oro, donde le aguardaba uno de sus sirvientes, á quien le entregó el caballo, informándose de si estaban prontas la litera y las mulas. Segun sus prescripciones, estas debian esperarle en una calle bastante cerca del convento para que Teresa pudiese alcanzarlas presto y á pie; pero no tanto que escitasen las sospechas de la ronda, dado que tropezase con ellos. Sus instrucciones se habian ejecutado á la letra. Le quedaba una hora, antes de hacer á su amante la señal convenida. Echóle su criado una gran capa de color oscuro sobre los hombros, y entró solo en Sevilla por la puerta de Triana, tapándose el rostro para que no le conociesen. El calor y la fatiga le obligaron á sentarse en un banco de una calle desierta; y allí se detuvo silbando y tarareando los aires que se le vinieron á la memoria. De tiempo en tiempo consultaba su reloj, y se disgustaba de que la manecilla no anduviese como su impaciencia lo exigia. De repente hirió sus oídos una lúgubre y solemne música, que desde luego conoció era un *De profundis*. Acercábase hácia él la comitiva..... Dos largas filas de penitentes con cirios encendidos prece-

dian á un féretro, cubierto de terciopelo negro y cargado por muchas figuras vestidas á la antigua, con barba blanca y espada al costado. Cerraban la marcha otras dos filas de penitentes enlutados y con cirios como los primeros. El convoy se adelantaba grave y pausadamente. Ni el menor ruido de pasos se oia; mas bien parecían aquellas figuras resbalar que caminar, semeando los luengos y estirados pliegues de sus talaras ropas y sus capas á los de una estatua de mármol.

En un principio don Juan experimentó ese disgusto que la idea de la muerte inspira al libertino. Se levantó y quiso alejarse; pero el número de los penitentes y la pompa del acompañamiento le sorprendieron picando su curiosidad. Dirigiase la procesion á una iglesia vecina, cuyas puertas acababan de abrirse estrepitosamente, y don Juan tiró de la ropa á uno de los que llevaban cirios, preguntándole con politia quien era la persona que iban á enterrar. Alzó el penitente la cabeza, mostrando una cara pálida y descarnada, semejante á la de un hombre salido de una larga y dolorosa enfermedad, y con voz sepulcral le respondió:—¡Es el conde don Juan de Marana!

Con esta estraña contestacion se erizaron los cabellos de nuestro héroe; pero recobrándose al momento comenzó á sonreirse. «Habré entendido mal, reflexionó, ó seria un *lapsus lingue* de ese viejo.» Entró en la iglesia al propio tiempo que la procesion. Los cantos fúnebres volvieron á principiarse, acompañados del órgano, y algunos sacerdotes enlutados entonaron el *Te profundis*. A pesar de sus esfuerzos sentia don Juan coagularse la sangre. Acercóse á otro penitente.

—¿A quien llevan á enterrar? le preguntó.

—Al conde don Juan de Marana, respondió el penitente con una hueca y espantosa voz.

Para no dar consigo en tierra, preciso le fué á don Juan apoyarse en una columna. Todo su valor le habia abandonado. Y entretanto el servicio fúnebre continuaba, y las bóvedas de la iglesia engrosaban aun mas el estruendo del órgano y de las voces que seguian cantando el terrible *Dies iræ*. Pareciale oír los coros de los ángeles el día del juicio final. Por fin, haciendo un gran esfuerzo, cogió la mano de un sacerdote que pasaba rozándose con él, y la encontró fria como mármol.

—En el nombre del cielo, exclamó, padre mio, ¿quién rogais en este sitio? ¿Quiénes sois vosotros?

—Rogamos por el conde don Juan de Marana, contestó el sacerdote mirándole atenta y dolorosamente. Rogamos por su alma que está en pecado mortal; somos almas arrancadas de entre los tormentos del purgatorio por las oraciones y misas de su madre. Pedgamos al hijo la deuda contraida con esta. Hoy celebramos la última misa que nos es permitido decir por el alma del conde.

En aquel mismo instante el reloj de la iglesia dio la hora fijada para el rapto de Teresa.

—¡Llegó el momento! gritó una voz que salia del oscuro ángulo de la iglesia; ¡llegó el momento! ¿Nos pertenece ya?

Volvió don Juan la cabeza, y una aparicion horrible se presentó á sus ojos. Don García, pálido y ensangrentado, se adelantaba en compañía del capitan Gomara, cuyas facciones agitaban aun convulsiones tremendas. Encamináronse ambos al ataúd, y don García arrojando violentamente el paño mortuario, repitió:—¿Nos pertenece ya?

Una serpiente gigantesca se irguió entonces por detrás de él, y asomando su elevadísima cabeza parecía querer abalanzarse el féretro.

—¡Jesus! exclamó don Juan, y cayó en el suelo desmayado.

Una ronda que pasaba por delante de una iglesia, ya muy entrada la noche, vió á un hombre tendido sin movimiento junto á la puerta. Acercáronse los arqueros creyendo que era el cadáver de alguno á quien habian asesinado, y reconocieron al conde de Marana. Trataron entonces de reanimarle, salpicándole la cara con agua fresca; pero como no volvía en sí, le transportaron á su habitacion. Unos decian que estaba ebrio, otros que habria recibido una paliza de algun marido celoso, y como nadie, al menos ninguna persona honrada, le queria en Sevilla, todos le asestaban su cumplido. Quién bendecia el baston que asi le habia puesto mal parado, quién preguntaba cuantas botellas de brian en aquel inmóvil esqueleto. Los criados de don Juan corrieron en busca de un cirujano; y en cuanto este le sangró, comenzó el conde á recobrar sus sentidos. De pronto se le oyeron meramente palabras trecoretadas, gritos sordos, sollozos y lamentos; pero poco á poco fué fijando la atencion en los objetos que le rodeaban, y preguntó qué sitio era aquel y qué se habian hecho el capitan Gomara, don García y la procesion. Sus gentes le creyeron loco. Despues de tomar un cordial, mandó que le trajesen un crucifijo, y lo estuvo besando durante algun tiempo en medio de un torrente de lágrimas. En seguida dijo que le llamasen un confesor.

La sorpresa fué general, cuanto lo era su reputacion de impio; como que varios clérigos rehusaron acudir á su llamamiento, figurándose que les preparaba una mala burla. Un fraile dominico consintió por fin en ir á verle. Los dejaron solos; y don Juan, echándose á sus pies, le contó su vision y se confesó. Al concluir el relato de cada uno de sus crímenes, se interrumpia para preguntar si era posible que tan gran pecador obtuviese el perdon del cielo; y el religioso le contestaba que la clemencia de Dios no tenia limites. Exhor-



que perseverase en su arrepentimiento, prodigándole aquellos consuelos que ni a los mayores criminales niega la religión, y se retiró, ofreciéndole volver por la noche. Don Juan pasó todo el día orando, y cuando tornó su confesor, le declaró que estaba resuelto a alejarse de un mundo que tanto había escandalizado, para ir a espiar sus enormes crímenes con los ejercicios austeros de la penitencia. El fraile, enternecido, le animó todo lo que pudo; y para probar si tendría suficiente valor, le pintó con espantoso colorido las austeridades del claustro; pero don Juan, a cada mortificación, exclamaba que aquello no era nada, y que él merecía un tratamiento mucho más riguroso.

A la mañana siguiente donó la mitad de su fortuna a sus parientes, pobres de sumo, y la otra mitad la dedicó para fundar un hospital y construir una capilla. Distribuyó sumas considerables entre los necesitados, e hizo decir gran número de misas por las almas del purgatorio, especialmente por la del capitán Gomara y las de los desventurados que sucumbieron en sus desafíos. Reunió a todos sus amigos, y se acusó ante ellos de los malos ejemplos que les había dado, pintándoles de un modo patético los torcedores de su conciencia y sus esperanzas de un porvenir mejor. Varios de aquellos libertinos se corrigieron; y otros, encallados ya, se despidieron de él lanzándole frios insultos.

Antes de entrar en el convento escogido para su retiro, escribió don Juan a Teresa, confesándole sus vergonzosos proyectos, refiriéndole su vida, su conversión, y pidiéndole que le perdonase y se aprovechase de su ejemplo, si apetecía la salvación de su alma. Entregó esta carta al religioso, mostrándole primero su contenido.

La pobre Teresa había aguardado largo espacio en los jardines del convento la estipulada señal; y tras muchas horas de indecible agitación, viendo despuntar el alba, retrocedió, desgarrada por un dolor vivo, a su celda. No sabía qué pensar de la ausencia de su amante; y así se pasaron días y días, sin la menor noticia, sin ningún mensaje que endulzase su desesperación. Por último, el religioso dominico, después de conferenciar con la superiora, obtuvo permiso para verla y le entregó la carta de su seductor arrepentido. Mientras leía, gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente, y ora enrojecía como el fuego, ora se ponía pálida como la muerte. Tuvo valor, empero, para leer hasta el fin. Entonces el fraile trató de pintarle el arrepentimiento de don Juan, felicitándole por haber escapado del espantoso peligro que a ambos aguardaba si la Providencia no hubiese intervenido y hecho abortar semejante proyecto. No obstante, a todas sus exhortaciones, Teresa contestaba meramente: «¡Nunca me ha amado el ingrato!»

Una ardorosa fiebre se apoderó de aquella infeliz, sin que los socorros del arte y de la religión lograsen aliviarla, puesto que rechazó los primeros y la encontraron sorda los segundos, espirando dentro de algunos días con esta frase entre sus labios: «¡Nunca me ha amado, nunca!»

Don Juan tomó el hábito de novicio, y su sincera conversión se reveló en las mortificaciones que se impuso, pareciéndole todas demasiado suaves, como que tuvo el superior del convento que señalar un límite a las maceraciones con que atormentaba sus carnes. Decíale que así acortaría sus días, y que era mayor valor soportar durante largo tiempo penitencias moderadas, que acabar con estas acabando con su vida. Concluido el noviciado, pronunció don Juan sus votos; y bajo el nombre del hermano Ambrosio siguió sirviendo de modelo a la comunidad con sus austeros ejercicios. Sobre su ropa de paño burdo llevaba un cilicio de crines de caballo, y su cama era una especie de cajón angosto, menos largo que su cuerpo. Comía solo legumbres cocidas, y los días de fiesta, por espesa orden de su superior, añadía unos cuantos mendrugos de pan. Pasaba las noches casi enteras velando y orando, con los brazos en cruz; y en fin, era ahora el ejemplo de aquellos devotos hermanos, como antes lo había sido de los libertinos de su edad. Una enfermedad epidémica que se declaró en Sevilla, le suministró ocasiones para ejercitar sus recientes virtudes. Eran recibidos los enfermos en el hospital que había fundado; y él mismo cuidaba a los pobres sin apartarse de sus lechos, exhortándolos, animándolos, consolándolos. ¡No se hallaba quien sepultase a los difuntos; tan grande era el terror que el contagio difundía! y don Juan desempeñó este triste ministerio, yendo a las casas abandonadas y enterrando los cadáveres, ya corrompidos por el trascurso de muchos días. Bendecíanle donde quiera; y observando su perfecta salud en medio de tan horrible epidemia, la gente crédula se persuadió de que Dios había operado en su favor un nuevo milagro.

Muchos años hacía que don Juan o el hermano Ambrosio, habitaba en el claustro, entregado sin interrupción a ejercicios de piedad y a mortificaciones. No se borraba de su mente el recuerdo de su pasada vida, si bien se templaban sus remordimientos con la satisfacción de conciencia que la enmienda producía en su espíritu.

Cierta día, después de las doce, hora en que el calor se deja sentir con mayor fuerza, todos los hermanos se habían entregado al reposo de costumbre. Solo el hermano Ambrosio trabajaba en el jardín, con la cabeza desnuda y espuesta al sol, pues esta era una de las penitencias. Encorvado sobre su pala de hierro, percibía la sombra de un hombre, que se detenía junto a él; y creyendo que sería uno de los frailes, le saludó con un Ave Maria, y continuó su tarea. Nadie,

empero, le respondió; con lo que sorprendido, alzó los ojos y vió de pie e inmóvil, ante sí, un joven alto y arrebozado en una capa que descendía casi hasta el suelo. Ocultaba a medias su rostro un sombrero, a que hacía sombra una pluma blanca y negra. Este hombre le contemplaba silencioso y con una expresión de maligna alegría y desprecio profundo. Por algunos minutos se estuvieron mirando atentamente; hasta que, dando un paso el desconocido y levantándose el sombrero para mostrar sus facciones, dijo:

—¿Me reconocéis?

Observóle don Juan mas despacio, pero no pudo acertar quien era.

—¿Os acordáis del sitio de Berg-op-Zoom? ¿Habeis olvidado a un soldado, a quien llamaban Modesto?

Estremeciósese don Juan. El desconocido prosiguió friamente:

—¿A un soldado que mató de un arcabuzazo a vuestro digno amigo don García, no obstante ser vos la persona a quien apuntaba?... Ese Modesto, aquí le tenéis. Me llamo asimismo don Pedro de Ojeda, hijo de don Alfonso de Ojeda, a quien habeis asesinado; hermano de doña Faustina de Ojeda, a quien habeis asesinado; hermano, por último, de doña Teresa de Ojeda, a quien habeis tambien asesinado.

—Soy un miserable cargado de crímenes, dijo don Juan arrojándose ante él, y para espiarlos llevo este hábito y he renunciado al mundo. Si existe algún medio de alcanzar vuestro perdón, indicádmelo, y la mas cruel penitencia no me arredrará con tal de obtenerlo.

—A un lado la hipocresía, señor de Marana, repuso don Pedro sonriéndose amargamente: no os perdonaré jamás; y estoy demasiado impaciente para aguardar por el efecto de las maldiciones que he lanzado sobre vos. Traigo aquí yo alguna cosa mas eficaz que simples maldiciones.

Y diciendo así, arrojó la capa y mostró a don Juan dos largas espadas que traía encubiertas. Desenvainólas y las clavó en el suelo.

—Escoged, don Juan, exclamó. Cuentan que sois terrible espadachín, y yo me precio de conocer la esgrima. Veamos adonde alcanza vuestra habilidad.

Persignóse el de Marana y dijo:

—Hermano, olvidad mis votos. Yo no soy ya aquel don Juan que conocisteis, sino el hermano Ambrosio.

—Está bien, hermano Ambrosio. Pues yo os repito que sois mi enemigo, y que sea el que fuere vuestro nombre, os aborrezco y quiero vengarme de vos.

Arrojóse don Juan.

—Os ofrezco mi vida: ¡castigadme!

—¡Cobardel! ¡hipócrita! ¿piensas que voy a creerte? ¿Y te figuras que si hubiera sido mi voluntad matarte como a un perro rabioso, me tomara el trabajo de traer conmigo estas armas? Ea, escoge y defiéndete.

—Os lo repito: no me es dable pelear; pero si morir.

—¡Miserable! gritó don Pedro enfurecido: me dijeron que eras valiente y te encuentro un gallina.

—¿Valiente, hermano? Plegue a Dios que lo sea en cuanto baste para no abandonarme a la desesperación, donde me hundiría, sin su divino auxilio, el recuerdo de mi delitos. ¡Adios! hermano: me voy, pues conozco que mi aspecto os molesta; ¡y ojalá que mi arrepentimiento os parezca algún día tan sincero como en realidad lo es!

Había dado ya unos cuantos pasos para alejarse; pero don Pedro le prendió de la manga, diciéndole: —Uno de los dos no debe salir vivo de aquí. Tomad cualquiera de esas espadas; pues, lleveme el diablo si creo una palabra de vuestras lamentaciones.

Miróle don Juan suplicante, y dió otro paso para salir. Don Pedro le cogió por el cuello.

—¿Y te figuras libértate de mis manos, vil asesino? ¡No! Haré pedazos ese hábito hipócrita que oculta el pie hendido del diablo, y quizá entonces no te faltará corazón para combatir conmigo.

Empujábale mientras tanto contra el muro del jardín.

—Señor don Pedro de Ojeda, exclamó don Juan, matadme, pues, no reñiré! Y se cruzó de brazos mirando atentamente a don Pedro con aire sereno, aunque bastante altivo.

—¡Sí, te mataré, miserable! pero antes te trataré como se trata a los villanos.

Dijo y dióle una bofetada, la primera que don Juan había recibido en su vida. Su semblante se puso de color de púrpura y se despertaron en él los bríos de su juventud. Lanzóse sin hablar palabra a las espadas, y cogió una, don Pedro hizo lo propio con la otra. Atacáronse furiosos y con igual impetuosidad; pero en tanto que el arma de don Pedro se perdía en los hábitos de lana de don Juan, la de este se introdujo hasta la guarnición en el pecho de su adversario. Don Pedro espiró inmediatamente. Viendo el de Marana tendido a su enemigo, permaneció unos instantes contemplándole inmóvil; pero recobrándose poco a poco, reconoció lo grande de su nuevo crimen. Precipitose sobre el cadáver esforzándose en devolverle la existencia, aunque inútilmente, pues la herida era mortal. A sus pies estaba la sangrienta espada como invitándole a castigarse a sí mismo; pero rechazando esta nueva tentación, corrió a la celda del superior, y se prosternó, fuera de sí, ante él, contándole en medio de un mar de lágrimas, la terrible escena. El superior se resistía de pronto a creerle, figurándose que el hermano Ambrosio se había vuelto loco con tantas mortificaciones; pero la sangre que cubría los hábitos y las manos de don Juan le sacaron en breve de semejante duda. Como persona dotada de gran presencia de espíritu, com-

prendió al punto el escándalo que resultaría para el convento si aquella aventura llegaba a divulgarse; y no habiendo visto nadie el duelo, trató de recatarlo hasta de los mismos frailes. Mandó a don Juan que le siguiese, y con su ayuda trasportó el cadáver a una sala baja, cuya llave guardó. Encerrando luego a nuestro héroe en su celda salió para ir a prevenir al corregidor.

Tal vez parezca extraño, que habiendo don Pedro tratado de matar a traición al de Marana, desechase la idea de un segundo asesinato y escogiese la de deshacerse de su enemigo por medio de un duelo; pero en esto mismo le guiaba un cálculo de infernal venganza. Las austeridades y santidad de don Juan estaban tan acreditadas, que don Pedro temía enviarle al cielo en derechura, si le asesinaba como a don García, y esperaba por la inversa, que provocándole y obligándole a reñir, le mataría en pecado mortal, con lo que su cuerpo y su alma se perderían irremediablemente. Háse visto como este diabólico proyecto se volvió contra su mismo autor.

Fácilmente quedó el asunto oscurecido. Arreglóse todo entre el superior del convento y el corregidor. Los demas frailes creyeron que el muerto había sucumbido en un duelo con un caballero incógnito; y que trasportado al convento, había espirado dentro de pocos instantes. Por lo que atañe a don Juan, no me esforzaré en pintar sus remordimientos, bastando con decir que cumplió alegremente cuantas penitencias le impuso el superior. Conservó toda su vida colgada del lecho la espada con que había herido a don Pedro, no mirándola nunca sin rogar por su alma y la de su familia.

Para acabar con el resto de mundano orgullo que ocupaba aun su corazón, le ordenó el abad que se presentase todas las mañanas al cocinero del convento, quien le daría una bofetada. Recibida esta, ofrecía el hermano Ambrosio la otra mejilla regociando al cocinero por la humillación que le proporcionaba. Vivió dos años mas en aquel claustro sin que interrumpiese su penitencia el menor retroceso hacia las pasiones de su juventud; y murió venerándole como un santo aun los mismos testigos de sus anteriores desórdenes. Pidió en su lecho de muerte, que se le enterrara bajo el quicio de la puerta, para que todos los que entrasen le hollaran con sus pies, y prescribió que se esculpiese sobre la losa de su sepulcro esta inscripción:

AQUI YACE EL PEOR HOMBRE QUE HUBO EN EL MUNDO.

Sin embargo, no se juzgó prudente ejecutar todas las disposiciones dictadas por su excesiva humildad, y se le enterró cerca del altar mayor de la capilla que había fundado. La inscripción se grabó, en efecto, pero añadiéndose un relato laudatorio de su conversión. Los extranjeros que pasan por Sevilla visitan su hospital, y especialmente la capilla en que yace sepultado y que adornan muchas obras maestras de Murillo.

La vuelta del Hijo pródigo y la Piscina de Jericó, que hoy se admiran en París, en la galería del mariscal Soult, decoraron en otro tiempo los muros del Hospital de la Caridad.

## NOTICIAS Y ANECDOTAS.

Madrid se halla amenazado de una calamidad imprevisible; los periódicos anuncian que en la semana última se han comprado siete mil varas de lienzo para el Eolo del señor Montemayor, y que esta saca es solo el preliminar de las que han de seguirle. Si la noticia es cierta, dentro de poco va a costar mas una camisa que una butaca del teatro Real la noche de su inauguración.

Segun anuncia el *Heraldo*, con la competente autorización, mañana martes, se pondrá en escena en el teatro Real el gran baile titulado el *Diablo Cojuelo*, y el viernes la ópera la *Sonámbula*. El mismo periódico añade que se están haciendo en dicho teatro algunas obras que proporcionarán abrigo y ventilación a la sala. Lo primero nos parece indispensable; en cuanto a lo segundo, lo que conviene es que no ventile tanto.

Nuestros lectores saben que existe en el mundo un venturoso país llamado California donde el oro se encuentra en tanta abundancia, que no hay mas que barse al suelo a cogerlo; acaso saben tambien que en este mismo país donde el oro sobra falta todo; comestibles, ropa, habitación, etc., pero lo que quizás ignoren es que casi tanto como el oro abundan los ladrones y malhechores y que el que consigue hacer una mediana fortuna, se ve amenazado del puñal de un asesino que atenta contra su vida para apoderarse de lo que ha ganado. Está visto que todo en este mundo tiene sus inconvenientes, y el ser ricos no es lo que menos cuesta.

Cuenta un periódico que se ha establecido en esta corte una sociedad que se ocupa en enviar esquelas anónimas a las personas pudientes, comprando sus vidas segun las facultades de cada uno en 500, 600 y aun mil duros. La fórmula es como sigue: «Sr. D. N. si mañana no me pone vd. en el correo y a nombre de D. B. en billetes de Banco la cantidad de tal, todas las medidas que vd. tome serán inútiles: vd. morirá.» No damos en verdad gran crédito a la noticia, pero si fuera cierta confiamos que el señor gefe político no tardaría en disolver la tal sociedad, formada de seguro sin sujeción a la ley de sociedades anónimas.



## CAMINOS DE HIERRO EN INGLATERRA.

**Movimiento de viajeros.** Durante el año último, ha ascendido á cincuenta y siete millones novecientos sesenta mil setecientos ochenta y cuatro el número de los viajeros, perteneciendo de estos al segundo semestre treinta y cuatro millones, novecientos veinte y cuatro mil cuatrocientos sesenta y nueve. Sin embargo de tan enorme número de viajeros, solo siete personas perecieron á causa de accidentes imposibles de prever, y doce por su culpa, ó lo que es lo mismo que por cada cuatro millones ochocientos treinta mil sesenta y seis pasajeros, murió uno por los peligros del ferro-carril.

El número de millas abiertas á la circulación en primero del año actual, llegaba á cinco mil novecientos noventa y seis, y el de los empleados, pasaba de cincuenta mil, y de doscientos mil los trabajadores en nuevas vías.

Véase si no son incomparablemente menores las desgracias en estos caminos que en los ordinarios, sin que quepa sobre los guarismos anotados duda alguna, por que los ha publicado oficialmente el parlamento.

## TELEGRAFO SUB-MARINO.

El dueño de una fábrica de gutta-perka en Nueva York ha hecho al gobierno una proposición de la magnitud que suelen tener algunas de las que se hacen en los Estados-Unidos. Por

## TEATRO ESPAÑOL.—MARINO FALIERO.



Faliero.—Señor Latorre. Israel.—Señor Calvo.

## TEATRO DE VARIEDADES.

El sábado por la noche se ha representado en el teatro de Variedades la comedia en cuatro actos y en verso de don José María Huici titulada *Maria Calderon*. El escogido público que acude á este coliseo ha hecho justicia al autor de la comedia y á los actores que en ella han tomado parte.

*Maria Calderon* es una de esas comedias que por desgracia aparecen muy de tarde en tarde en nuestra escena, como para demostrar que aun hay jóvenes escritores que puedan mantener el teatro español á la altura en que estuvo en tiempos pasados.

En *Maria Calderon* se echa de ver esa armoniosa versificación pura y castiza, sin los resabios extranjeros tan comunes en todas las producciones españolas modernas. Versos magníficos se encuentran esparcidos por do quiera en esa comedia que, en mengua de la junta directiva del Teatro Español, estuvo arrinconada mas de un año sin que ninguno de los que la componían se hubiese dignado dirigirla una mirada de indulgencia.

Desde la segunda escena del acto primero, empieza ya á despertarse el interés del público sin que en todo el curso de la comedia decaiga lo mas mínimo. Nada mas propio en efecto para inspirarlo, que el ver á una madre en presencia de su hijo obligada á refrenar sus cariñosos impetus por no descubrir el velo del misterio que encubre su nacimiento, y del cual depende la vida del joven.

Las magníficas glosas, que tan bien supo decir el señor Vivanco, en nada desmerecen de los que admiramos en las comedias del inmortal Calderon de la Barca. Estos versos tan solo bastarian para crear la reputación de un poeta.

Pero donde el autor e muestra verdaderamente inspirado, es en las escenas décima y undécima del acto tercero.

El delirio de *Maria Calderon* cuando se retira de la escena despues de concluida la representación de la primera jornada, sorprende tanto mas, cuanto menos dispuesto está el público á presenciárselo. Allí, *Maria Calderon*, agotado ya el sufrimiento, derrama al fin la amargura de su corazón; allí llega ya á rebosar el vaso en donde han ido reuniéndose gota á gota todos los dolores de una muger seducida con engaños, escarnecida despues, vilipendiada á los ojos del mundo, y solo sostenida por el amor hácia un hijo, á quien no puede re-

conocer como tal, y por el entusiasmo del arte; pero al verse nuevamente humillada con el público desaire de la reina que se retira de su palco seguida de los cortesanos y damas mientras ella declamaba en la escena, su orgullo artístico, herido en lo mas vivo, ha colmado ya la medida de sus sufrimientos. Entonces aquella muger deja de ser humilde actriz para convertirse en un ente superior, que desde su altura desafia el poder de la reina, la devuelve ultrage por ultrage, desprecia soberanamente la baja adulación de los cortesanos, y á quien solo la presencia y aplausos del público y del rey la consuelan.

La presentación de este último que viene á felicitarla de su triunfo, la hace volver en sí del delirio.

En la manera con que la señora Yañez ejecutó esta escena, creímos adivinar á su maestro.

En el cuarto acto, el reconocimiento público de su hijo por el rey, viene á coronar esta brillante producción dramática.

Gracias sean dadas á la empresa del teatro de Variedades y á su primer actor el señor Catalina por haber acogido con entusiasmo una comedia que en otro lugar, donde con justicia debió ser ejecutada, fué mirada con marcada indiferencia.

La ejecución fué esmerada, y la escena fué servida como sabe hacerlo la empresa del teatro de Variedades.

El señor Catalina representó su papel difícil de *Quevedo* como siempre. El mejor panegirico que podemos hacer de este excelente actor es, que cuando le oíamos recitar su papel, nuestra imaginación nos trasladaba á aquellos tiempos en que el famoso poeta satírico leía á sus compañeros sus versos llenos de chiste y filosofía. A pocos hemos visto representar aquel célebre personaje como lo ha efectuado el señor Catalina.

El señor Pastrana en el papel de *don Juan* ha estado felicísimo: comprendió su situación y se sostuvo en ella sin decaer un ápice: le damos por ello nuestra mas cordial enhorabuena.

La señora Yañez estuvo como era de esperar: interesante unas veces, sublime otras y siempre admirable.

El señor Aznar comprendió perfectamente su papel: al galante Felipe IV lo ha caracterizado cual no le esperábamos.

En una palabra, todos cuantos actores han tomado parte en la comedia, han trabajado con conciencia.

Y he aquí resuelto ya el problema para aquellos que dudaban de que en el teatro de Variedades pudiera re-

sesenta millones de reales, se obliga á poner en comunicación telegráfica, Liverpool y Nueva York dentro de veinte meses ó acaso menos cubriendo de gutta-perka los alambres.

## ESTADISTICA JUDAICA.

No pasan de cinco millones los judíos existentes, distribuidos en esta forma: quinientos mil en la Turquía europea, seiscientos mil en Marruecos y Norte de Africa, ochenta mil en Asia Oriental, cien mil en América, trece mil en Inglaterra, mil seiscientos en Bélgica, ochocientos cincuenta en Suecia, seis mil en Dinamarca, setenta mil en Francia, cincuenta y dos mil en Holanda, seiscientos treinta y un mil en Austria, doscientos quince mil en Prusia, ciento setenta y cinco mil en Alemania, y cuatro mil en Italia.

## TEMPERATURA.

Hace unos días que los médicos andan muy de prisa y que no les da un paso por las calles de Madrid sin encontrar el Viático de un entierro; sin embargo, no hay que alarmarse; el estado sanitario de la corte es el mas satisfactorio. Solo algunas pulmonías fulminantes y tal cual muerte repentina es lo que se padece, efecto de los fuertes frios y la temperatura seca; pero esto sucede todos los años por ahora, está reducido á que vayan al cementerio unos cuantos centenares de personas, mas ni menos. Madrid es un país muy sano.

presentarse una comedia seria, como esta clase de producciones dramáticas lo requieren.

Si adquiere muchas del m rito de la que nos hemos ocupado; si como lo ha hecho hasta aquí, trabaja con fé y entusiasmo, la empresa del teatro de Variedades ganará honra y provecho. Hoy lo conceptuamos como el segundo teatro dramático de la corte, y hay muchos que piensan como nosotros.

JOSE M. DE GOIZUETA.

## LOGOGRIFO



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.